

Manuel Longares
Cortesanos



Galaxia Gutenberg



© I. Montero Peláez / Galaxia Gutenberg

Manuel Longares

Nació en Madrid en 1943. Sus tres primeras novelas –*La novela del corsé* (1979), *Soldaditos de Pavía* (1984) y *Operación Primavera* (1992)– forman un ciclo experimental titulado *La vida de la letra* (Galaxia Gutenberg, 2014). Otras novelas suyas son: *No puedo vivir sin ti* (1995), *Nuestra epopeya* (2006), *Los ingenuos* (2013), *El oído absoluto* (2016), *Sentimentales* (2018) y *Romanticismo*, que fue galardonada en 2002 con el Premio Nacional de la Crítica y que desde la fecha de su aparición, en 2001, cosechó sucesivas ediciones, la más reciente en 2019 en Galaxia Gutenberg. Ha publicado también cuatro libros de relatos: *Extravíos* (1999), *La ciudad sentida* (2007), *Las cuatro esquinas* (2011) y *La escala social* (2022).

Cubrir de literatura los acontecimientos históricos y los espacios donde éstos se desarrollan para resaltar su lado cómico, absurdo, demencial, humano. He aquí el propósito de esta nueva novela de Manuel Longares.

La historia aquí es la de las monarquías españolas de Austrias y Borbones, con sus cortes y cortesanos. Desde los siglos dorados del Imperio hispano hasta la centuria de contiendas civiles y asonadas militares que fue el xix, pasando por el ilustrado Siglo de las Luces. Monarcas, casi todos los que en estas páginas se nos presentan, a los que inquietan menos la paz, la guerra o las geografías inéditas que los poderes de Dios.

El espacio es ese Madrid que monarcas y cortesanos moldean a su gusto o eso creen, mientras otro Madrid arrabalero y lenguaraz, donde reina el pueblo soberano, intenta zafarse del abrazo del poder.

Y, omnipresente, el río de Madrid que tan a menudo baja desganado y trae de todo menos agua, pero «es el nuestro», metáfora de que se quiere tener todo aunque no haya nada.

Con ello, Manuel Longares nos ofrece la que es sin duda una de sus mejores novelas, en la que muestra una comprensión profunda del ser humano, ocupe el lugar que ocupe en la escala social. Un festín literario elaborado con uno de los castellanos más ricos que hoy se escriben y con un depurado sentido del humor y del esperpento que dibujará en el rostro del lector una sonrisa permanente y más de una carcajada.

MANUEL LONGARES

Cortesanos

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2026

© Manuel Longares, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada:
Retrato de un niño de la corte española, de Sofonisba Anguissola, c. 1565-1570, San Diego Museum of Art, óleo sobre lienzo, 59,06 × 48,26 cm
© San Diego Museum of Art / Donación de Anne R. y Amy Putnam / Bridgeman Images, 2026

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88019-06-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Joan Tarrida

En los siglos dorados del Imperio hispano, la corte madrileña de los Austrias desarrolla una voz propia y no simulada, que reza por la prosperidad de la monarquía en capillas y conventos de la capital del reino y alborota en los soportales de su Plaza Mayor los días de pompa y espectáculo, cuando los monarcas absolutos presiden, desde la privilegiada perspectiva de un balcón, el auto de fe contra el hereje y la lidia del jinete con el toro.

Comentan los mentideros estas actividades de sus reyes y otras más disimuladas o clandestinas, como su participación en el crimen del conde de Villamediana. Aseguran los rumores que *el matador fue Bellido / y el impulso soberano*. Y, al calor de esa evidencia, una parte de la corte, que no acaba de adaptarse al engranaje palaciego, se desentiende de intrigas y escapa hacia las corralas de los denominados barrios bajos, tan sobrados de énfasis como rácanos de agua.

En el patio comunitario de estos alquileres –que en la festividad del quince de agosto engalanan con cadenetas y mantones de Manila el cuadro de la virgen de la Paloma hallado por una beata en un basurero–, esa voz de la corte impregna los donaires y desplantes de los vecinos. Coqueteando con el abanico y el antifaz carnavalesco se muestra risueña, destemplada o maliciosa, como más guste a Dios y a usía. Ante plebeyos de armas tomar, representa comedias y encaja tonadillas en melodramas y farsas con la solidez de la almendra en la tarta de bodas. Y cuando la brisa de la madrugada abrasa el rincón sin luna de su dormitorio, en un arrebato del que no reniega jura fidelidad al chulapo que la engañará mil veces.

Con la llegada de los Borbones al trono, se renuevan los comercios en la Plaza Mayor de los Austrias. Son establecimientos a pie de calle, en los que

no importa tanto lo que se promete en su fachada –confecciones, bordados, paños– como el carácter literario o masónico de las veladas de su rebotica, refugio del perseguido político durante una centuria de contiendas civiles y asonadas militares y donde una noche de verbena también demanda asilo la que, hostigada por el galanteador de turno y sin el cuajo de una respondona de arrabal que tenga a raya los devaneos masculinos sobre sus hechuras, acelera el vuelo de su falda para hurtarse del que la sofoca con palabra y tacto insolentes.

En una fonda de bandoleros y tiranas capaces de asustar al miedo, un extranjero ilustrado que viaja por la península buscando romanticismo cañí traslada al pentagrama este sello de la corte, tan burlón y peripuesto que suele pasarse de listo. Otros compositores le imitan con la ambición de conquistar un título de nobleza rentable. Para su desencanto, los territorios de ultramar se independizan de la metrópoli en menos de lo que se persigna un cura loco y en el trasiego de escribanías y bufetes la partitura se desmiembra por litigios de las camarillas. Mas cuando archiveros y bibliotecarios la consideraban perdida, una ventolera de las alturas la expulsa del cielo velazqueño dentro de un sobre sin destinatario ni remitente que revolotea indeciso y amaga con aterrizar en falso antes de posarse porque sí –¡tatachán!– en la chepa de un mochilero de las Indias.

–Chúpate esa –se chotea el susodicho al chocar el papelucho en su chasis. Y planchándose el chaleco con la derecha, achanta a los chungones con una chanza–: Ni me chisten ni rechisten, que desde que deseché el chupete, este chache es chinche y más chulo que un ocho para echarse chantajes a pechos.

Chorrada de chisgarabís, chovinismos de chamán. Cháchara sobre supercherías, chiripa chachi y chipén. Chiribitas de champán, empachos de pachulí, chucherías chapuceras, chupitos, pinchos de pochas, chuletillas de lechal y chocolate con churros para la chusma achispada en la pachanga del pichi.

Al chispún de la charanga, un sochantre chamulla chirigotas: «Chaparrones y churrascos, / chubascos y salchichones, / chorizos para el chusquero / y al charnego chipirones». En el chamizo manchego del charcutero chévere, los chalanes fachendosos chismorrean chascarrillos a chamacos y chavalas: «A chirona el charlatán, / el chinorris chasca chicle, / al chivato ducha y chirlo / y chollos para el chambelán».

Chicolea el bachiller, chochea la chispera chata, enchufan al chorlito en la chancillería, un chusco se cachondea de las chaladuras de un chiflado y el machote machaca con el machete al chucho que chapotea en la charca.

–¡A machamartillo!

Rechina la chicharra en el chaflán del chiscón, chirría la pachorra del chatarrero cachazas y el chamarilero achara a la chacha sin sospechar que el espadachín acecha tras el acebuche.

–¡Córcholis con el cachupín!

Chisporrotea la chaveta del muchacho cheposo cuando chilla: «chitón». Y para no conchabarse en un chanchullo que le huele a chamusquina, rechaza de un chutazo con la chancla el despacho enganchado a su mochila y achucha a la muchedumbre con el dicho chocarrero: «¡Basta de cháncharras máncharras!».

Y el parlanchín se queda tan ancho.

Esta chispa del recochineo salta al piano de Federico Chueca en el café El Vapor y con ella en los labios suben a dar el cante a un escenario de zarzuela los Hijos del Pueblo de Madrid: menegildas, hilariones, *ratas*, planchadoras, arrastrás y caballeros de gracia –espejos remodelados del petimetre capitalino– platican, confrontan o se pronuncian con indomable retranca en unas calles sublevadas por las reformas de la municipalidad. Las peripecias de estos personajes, comprimidas en un acto, hacen grande el género teatral que llaman chico; pero el dictamen de los ridículos desaconseja exponerlo en el Real de la Ópera –*¡dita sea lá!*– por su bajo pedigrí.

A falta de plataformas más vistosas para esta descarada, los chistosos de la cuarta de Apolo la cortejan en los cafés de camareras, el organillo callejero y la pianola doméstica la difunden en el chotis que cincelan suripantas y golfantes, los revisteros de *La Lidia* y *El Tío Jindama* jalean su tronío, el planeta de los toros la atufa de olés y el perro Paco la recomienda a tenorios y carabinas de su tertulia de Fornos para colofón sicalíptico de las meriendas del Ritz.

Con su sabor se empalaga la crema de la intelectualidad: Gómez de la Serna la colma de greguerías en la gruta de Pombo, Valle-Inclán la ondula y cimbrea en La Granja del Henar, la condesa gallega y su ratoncito novelista sopesan inscribirla en los episodios nacionales, la masculla Baroja en el arrabal de las Injurias, la paladea Azorín en los escaños del Congreso, en la Europa protestante fascina al superhombre de Nietzsche y antes de que una amplia nómina de plumillas de lágrima fácil y sal por arrobas se rinda a su tejemaneje, trastorna el cráneo privilegiado de nuestro filósofo Ortega, que, mientras escribe en su despacho sobre la caza con perros, advierte a su circunstancia de enterados que percibe ladridos *de podenco, alano, sabueso o lebrel.*

Es para la estirpe costumbrista la voz castiza por antonomasia que, ensimismada en su ombligo, canta las penas y alegrías de sus gentes a las puertas de palacio, tras las rejas del Saladero o de camino a la horca de la plaza de la Cebada. Envuelta en la banderita sangre y oro, guía a las figuras de la tauromaquia al cornalón de los ruedos y llora con la Bejarana por los reclutas inmolados en las guerras coloniales. Por ella suspira el pasodoble de España, con ella desfilan ejércitos y procesiones y a ella confían su apoteosis en la pasarela las revistas ligeras de cascos después de que Jerónimo Jiménez y Francisco Alonso la vistan de largo en las academias de idiomas y talentos para que nutra el repertorio de las bandas modestas.

A mediodía de los domingos de primavera y verano comparece en concierto y el aficionado que acude a la cita salvando el barrizal de Eslava, el vértigo del Viaducto o los corrillos de la Puerta del Sol, coincide en las anchuras de Alcalá con los que salen del Casino y el Círculo con el mismo propósito –algunos condecorados en la solapa por las vendedoras de nardos

de las Calatravas– y se encaminan a Cibeles por la acera del Banco de España al compás de la marcha que ensaya la tropa en el Palacio de Buenavista. Allí bordean la carroza de la diosa, plantada como un pasmarote en el centro de la circulación. En el lateral de Correos beben del surtidor milagroso *que vence toda enfermedad*. Y, tras remontar el repecho que les conduce a los arcos de Carlos III –reconocidos también como Puerta de Alcalá–, acceden al jardín del Buen Retiro por la zona del estanque. Porque ahí, entre la fuente de los Galápagos y la Casa de Vacas, en un quiosco forrado de toldos contra la solanera, tiene su tribuna la filarmónica del municipio.

En el espacio reservado al recital, los madrugadores disfrutan del entrenamiento de los virtuosos con sus instrumentos de resonancia. Poco a poco los adictos estrechan el cerco sobre los intérpretes. A la hora prevista, el director de la orquesta sube al podio –y la expectación se propaga de uno a otro extremo del parque entre pequeños y mayores, guardas, gorriones y patos–. Pero antes de iniciar el programa, evoca a los que abandonaron para siempre la Sinfónica dejando a los oboes, clarinetes y flautas allí presentes la encomienda de transmitir a hijos y nietos la herencia sonora de sus antepasados.

Acalla el bisbiseo del pésame la melodía pimpante. A su ritmo, los cortesanos avanzan y retroceden por la pista de la vida y con los giros que marca el reglamento completan el paseíllo por este valle de lágrimas. Cadencia, duende, señorío, vivacidad, prestancia y garbo, ¡esa voz de la música de viento es la sirena que hincha las velas del templete del Retiro en su navegación ilusionada por la Historia!

En el ilustrado Siglo de las Luces, la capital de la monarquía española abarca una superficie que no es recta ni lisa: curvas y terraplenes la quiebran y enconan. Cauto la recorre el transeúnte y, de todos los atractivos que la ciudad le ofrece –jardines, esculturas y museos del real agrado–, ninguno más controvertido que su río, un dislate de indigencia.

–Cuando engorda semeja una lombriz –advierten en el mentidero de San Felipe.

–Pues si adelgaza, se borra –responden en la grada de la solana.

–Más salpica que moja –concluyen en el corrillo de mendicantes–. Y en un suspiro se seca.

En cambio, los que van por la vida contra corriente presumen de disponer de un río sin agua. Así lo indican en el Libro de Palacio, que se guarda bajo siete llaves en la Cámara Mínima del Alcázar regio. Pero sus argumentos no convencen a los polemistas del círculo de San Felipe:

–Un río con más ínfulas que sustancia.

Ni a los que debaten en la explanada de la solana:

–Por quererlo casto se volvió estéril.

Ni a los mendicantes que, para no quedarse sin limosna, prefieren morderse la lengua a despotricar:

–Da más pena que sed.

¡Redomado desperdicio! Desde que un mordaz se atrevió a inscribirlo en el Registro de Ausencias para rechifla del orbe pensante, el río se mantiene a lo largo de su curso más apurado que lleno, con lo que muchos vecinos, al no encontrarlo en su cauce en tiempo de sequía, suponen que se evaporó y aprovechan para conducir cabras o carretas por ese espacio exento, de modo que el día en que caen cuatro gotas del cielo y el río se

recupera sin avisar y navega por donde debe ir, desbarata estos montajes arruinando vida y hacienda de los que creyeron en él.

–Con lo chico que es y el daño que hace –deducen en San Felipe.

–Este miserable sólo reparte miseria –reprochan en la solana.

–Cuando no lo busco aparece y si lo busco no está –apuntan los mendicantes.

Y citan la peripecia de Nicolás, el cabrero, que confiado en la inoperancia del río, decidió caminar por la cuenca igual que por un sembrado hasta que la intempestiva corriente, ganándole la espalda por sorpresa, lo arrastró más allá de la desembocadura, hacia el mar inmenso.

–Cuanto más pequeño, más saña –subrayan en San Felipe.

–Más enconado que un divieso –abundan en la solana.

–Su amistad te enferma –avisan los mendicantes.

Pero el pueblo soberano no le guarda rencor y con gusto lo ve nacer en la Sierra del Guadarrama, cuando brota de la ladera meridional de la Cuerda Larga, cerca de la Bola del Mundo, y baja brincando por el Ventisquero de la Condesa hacia la extensión comprendida entre el vado de Migas Calientes y el barrio del Gasómetro, por donde absorbe los afluentes de Majadilla y Valdebarracas y Beceda y Gargantón, entre otros nacidos del deshielo. Con ellos cobra prestancia, aunque no dimensiones.

–Resumido por la gracia de Dios –valoran en San Felipe–. ¡Cicatero!

–Te da todo menos agua –sostienen en la solana–. ¡Esmirriado!

–Y con poca agua te ahoga –apuntan los mendicantes–. ¡Chuchurrido!

Por el monte del Pardo circula sin prisa y es al adentrarse en el parque del Oeste cuando la corneta de la guardia palaciega alumbra lo que escondía el paisaje de peñascos y carrascas: disimulada hasta ahora, la imponente mole del Alcázar, sede de la monarquía y su séquito, emplaza unos cañones en la parte más alta del castillo, junto a la ventana ojival del gabinete áulico, donde el rey y sus ministros estudian la influencia de la predestinación divina en el auge y declive de las corridas de toros.

–Si Dios todo lo puede –argumenta el rey sobre el río–, ¿por qué consiente este aguachirle?

–Porque todo poder es arbitrario –matiza el círculo de asesores–. Y si no es arbitrario, no es poder.

Menos inquietan a nuestro monarca la paz, la guerra o las geografías inéditas que los poderes de Dios. ¿Existe algún lugar en la tierra, por minúsculo que sea, donde no mande el Encumbrado? –se pregunta el rey en el Libro de Palacio–. Y pide respuesta responsable a los correos de aquí y allá, que irrumpen a cualquier hora en la planta baja del Alcázar echando el bofe y reventando caballos para difundir sus alarmas:

–¡Maguncia en guerra!

–¡Capitula Versalles!

–¡Otoño en Sebastopol!

Rebasado el Alcázar, el río presiente su final. Desfondado repta por el paseo de los Pontones hasta el vertedero de Vaciamadrid y, a punto de desangrarse en la acequia del Jarama –que le tiene ganas y viene crecido y lo llevará de la oreja por el Tajo a que arroje el último suspiro en Lisboa y el océano Atlántico–, acumula una reserva de arena blanda con la que lavanderas y chiquillos arman la tremolina que espanta a los peces.

–Una limosna de tierra –se admiran las trabajadoras–. ¡Qué río más rumboso!

El elogio desconcierta al Filósofo Rancio, que celebraba tertulia académica con sus incondicionales:

–La generosidad pierde a la humanidad…

Ese trozo de playa que el río concede a las lavanderas al despedirse de la vida para que maniobren con la colada sin agobios decora el fondo del retrato que el responsable de la pinacoteca regia, Desiderio Ansúrez, realizó a los sabios Natalio y Próspero por orden del monarca celoso del poder de Dios, que quería incluirlos en su colección de visitantes ilustres.

Convocados a la corte madrileña para analizar la precariedad del río, Próspero viajó en diligencia y Natalio en mula. Por las características de su embajada, se les hospedó cerca del Alcázar, en un antiguo convento de monjas nazarenas a las que el pueblo llamaba volátiles por sus tocas de cornúpeta.

El francés Próspero era de ideas avanzadas y el español Natalio, fraile de hábito y cordón. Aquél, de sesera competente y amistades melifluas; éste, vasallo de misa y olla y de castidad atormentada. Aquél, estirado y flaco; éste, rechoncho y sentencioso. Para los mentideros de la corte, dos desiguales que compartían idioma, ya que Próspero hablaba el castellano de su madre manchega.

Con el primer sol de la jornada, Próspero y fray Natalio posaban para el pincel de Ansúrez y el resto del día examinaban muestras del río mortecino –no importa si con mezcla de barro–, arrullados por el canto chusco de las lavanderas:

En el río sale / toda la verdad / pa las lavanderas / no hay oculto ná.

Ante las imperfecciones de color o aroma del material sometido a su consideración, el científico francés sonreía con suficiencia y el religioso español apretaba el rosario con rabia hasta amoratarse la mano.

–¿Pides milagros? –le instaba Próspero–. Las aguas que no fluyen se adocenan.

Y con diestra temblorosa pellizcaba unas motas del paquete que guardaba en el bolsillo de su levita, se las llevaba a la nariz y, tras una pausa que su grupo de íntimos estimaba en lo que vale, estornudaba sobre lo que tuviera más próximo, cortesano o felino.

–¡Te vaciaste! –admiraba fray Natalio, que, sometido al mismo trance, regaba su hábito de mocos.

El incidente se comentaba en el arenal del río, donde ladronzuelos, descaradas y algún asno sin albarda inspiraban a los pintores costumbristas.

–Chulería matritense –diagnosticaba Próspero–; a buen hambre no hay pan duro.

Y con fatuidad francesa, animaba a manolas y chisperos a rebelarse contra la aristocracia del Alcázar.

–Liberté, egalité, fraternité! –predicaba el visionario– *Vive la République!*

Los desharrapados replicaban:

–¡Chacarrachaca!

–¡Chinchorrero!

–¡Chachipén!

Y si se les invitaba a explicarse con claridad, reincidían en el improperio:

–Chupacirios.

–Sochantres.

–Chafullas.

Objetaba fray Natalio que el río no carecía de agua sino de padrinos. Sus irregularidades no eran fisiológicas, sino psicológicas y, desde luego, financieras. Y en rima pedestre, porque era poeta chirle, daba por cierto que, con el respaldo de la realeza, el río recuperaría caudal y hechuras:

–Majestad de magia majestuosa / que regáis el magín del mojigato / cuando pasáis de la lira a la prosa / sin incidir por ello en lo barato...

Vencida la jornada, volvían a casa lavanderas y rufianes. En la celda de fray Natalio los dos sabios contrastaban sus impresiones con quien quisiera compartirlas. Antes de iniciar la tertulia, el fraile dirigía una reverencia a la ventana ojival del despacho del Alcázar donde las mentes inspiradas de la

corte, agrupadas en el gabinete áulico, debatían sobre mil y un asuntos, preferiblemente taurinos, bajo la presidencia del monarca.

–Con la venia, serenísimo...

Tanta distancia había entre la ventana del rey y la celda del religioso –aquélla en lo alto del castillo y ésta a ras de suelo– que no le llegaba al monarca la cortesía del fraile si éste exponía su pretensión con voz humilde o de cumplido.

–Si queréis honrarnos con vuestra presencia...

Como representantes de la Ciencia y de la Fe, Próspero y fray Natalio disertaban de cuestiones imperecederas o de pasatiempos sin miga a esa hora de la tarde en que, al declinar del sol, repicaban campanarios, susurraba el encinar, dormitaban los ciervos, avisaba el afilador, callaba el yunque, se vaciaba la diligencia, desbordaba la fonda, desenganchaba el cochero, se acicalaban los bravos, contendían los jaques, se reventaban farolas, perseguían los alguaciles, inquietaban los sombreros, intimidaban las capas, atronaba el río como si contuviese agua y en la fachada del tugurio, la viveza del candil anunciaba el baile del petimetre y las majas con los brazos abiertos y las manos cerradas por las castañuelas sobre el palenque alzado en el interior del establecimiento.

–Entre fandango y bolero –confesaban los patriotas–, me quedo con el primero.

Una diversión valorada por el rey dinástico, que a esa hora crepuscular, cansado de competir con el Todopoderoso en número de latifundios y ejércitos, cerraba al rumor de su pueblo la ventana ojival del gabinete áulico y, posponiendo el debate sobre la predestinación divina, interesaba a sus ministros en las modalidades del toreo de capa.

–El tercio de quites –y sus ojos relampagueaban con la propuesta–, ¿humaniza a la res o la ofusca?

A orilla del río ridículo, el Filósofo Rancio acentuaba su pesimismo:

–Persigue la mala suerte al que se pasa de fuerte.

Se asentaba la noche, taconeaban los bailarines, cerraban las iglesias, se amansaba el río, se recogían las familias, vigilaba la ronda, platicaban los varones, cocinaban las mujeres y la llamada a cenar de las monjas

nazarenas aplazaba la disputa entre los representantes de la Ciencia y de la Fe. Y mientras Próspero aspiraba en la cajita del estornudo, fray Natalio se encaraba con la vitrina de libros eclesiásticos instalada en su habitación y, por medir sus fuerzas con los santos del cielo, la exhortaba a abrirse sin concurso de la llave.

–Jodía, ríndete.

Hasta tres veces se lo demandaba, como si el mueble se arrogara las virtudes del sésamo de los cuentos, que exige para mostrarse igual número de notificaciones.

En uno de los manuales depositados en la vitrina de su habitación halló fray Natalio la leyenda del hilo de agua capitalino que, cuando le daba por el desbarajuste, o bien gastaba la broma de comparecer exiguo y agrietado donde ayer circulaba caudaloso o encharcaba cuevas, semovientes y hectáreas de cereal.

Obraba sin avisar y con contundencia y siempre para ensañarse en tierras míseras y no en adineradas ni curatos. Un comportamiento que sorprendía menos a fray Natalio –porque conocía el accidente de Nicolás el cabrero– que a su compañero de investigación, el Próspero seguidor del progreso, que trataba de calmar el persistente temblor de sus manos bordando naderías.

–El autor del libro se llama Baldez, Jerónimo Baldez –deletreaba fray Natalio–. No parece poeta.

Entre puntada y puntada, Próspero se esforzaba en pronunciar correctamente el nombre del cronista matritense, mientras fray Natalio sopesaba la compostura y densidad del libro.

–De Baldez a baldón hay poco trecho –el progresista Próspero se sentía ocurrente.

–Baldón es mi condición y también mi perdición –reconocía a su auditorio el Filósofo Rancio.

Y prometía referirles la historia de esta capital de origen insignificante que aspiraba al rango de gloriosa a poco que le ayudara la nueva dinastía de reyes y algún torero inspirado.

–Si yo os contara –amenazaba a sus oyentes–. El día que libere la lengua…

Esa historia de la capital del imperio, escrita por Baldez y leída por fray Natalio a Próspero en su tertulia vespertina –y que Leandra y yo vimos representar en el Real, convertida en ópera, dos siglos después– comienza en un aniversario del patrono de Madrid.

En esa fecha de un año impreciso, pues los informadores no logran fijarlo de distante que resulta, el río se hinchó a la altura del Alcázar igual que si se dispusiera a parir y corrió inflado hasta el remanso desierto de lavanderas, donde depositó como tarjeta de visita el retrato de la Virgen María que transportaban sus aguas.

Un tonsurado que pasaba por allí aquel 15 de mayo mascullando los rezos propios de la hora, topó con el cuadro, lo secó, lo limpió de arena y cobijado en su sotana lo llevó a la iglesia y lo camufló entre un amito y una casulla en el cajón de la ropa de misa para que nadie pudiera relacionar milagro tan grande con río tan chico.

El cura se llamaba Arimatea y después de comunicar a sus superiores que se le había aparecido la Virgen en el formato de un lienzo de pintor, echó a volar las campanas del barrio y en la tarde del domingo lo sacó en procesión a que tomara el aire.

Arimatea, que a consecuencia de ese milagro aspiraba a regir una parroquia con un huerto que le procurara alimentación en cuaresma y ascenso al obispado en Pascua, apoyaba en su pecho el retrato de la Madre de Dios. Un barbero calcado del Fígaro operístico ofrecía a los penitentes varones sus servicios de peluquería y postizos, el tabernero repartía vino sin adulterio y las atónitas de la santa imagen, también llamadas tragonas de avemarías, intercalaban en sus oraciones jácaras y seguidillas de mucho trantrán.

Por donde hoy se instala el viaducto cruzaron el río –que, pese a venir desganado, intimidaba a los de tierra con sus bufidos y empellones–. Subieron luego la Cuesta de la Vega y Arimatea, alzando el cuadro de la Virgen por encima de su cabeza, recordaba a los feligreses:

–¡Festeja en agosto / con vino de mosto!

Ávido de pastorear una parroquia entre tomates y algún pino piñonero, Arimatea afrontaba aquella vía de penitencia con su ángel de la guarda.

Pero su monaguillo Alpedrete no tuvo la misma suerte y en un descuido de su preceptor resbaló por la pendiente y perdió las piernas al chocar con un ciprés.

–¡Protomártir! –vislumbró Arimatea.

–¡Castrati! –auguró el galeno.

Lloroso y medio desmayado de dolor, Alpedrete veía las estrellas. Muy cerca de ellas colocó Arimatea el cuadro de la Virgen, como si fuera la primera piedra de su futura parroquia.

–No sería pedrusco sino una reliquia –objetó Próspero con lógica enciclopedista.

Fray Natalio levantó los ojos del libro de leyendas para confirmar alto y claro:

–Poco importa precisarlo porque nada se construyó.

Y con una palabra arrojada como un salivazo desveló el motivo:

–Intrigas.

En las rachas de buen tiempo –siguió leyendo fray Natalio en el libro de Baldez–, los leales de Arimatea se citaban junto al ciprés que alojaba el retrato de la Virgen. Atravesaban el río a pie y, por poco líquido que albergase la cuenca, como no tenían costumbre de desenvolverse en agua, perdían el equilibrio, empapaban sus comidas y casi naufragaban, para regocijo de las lavanderas.

–Patosos –les gritaban.

Ellos acusaban al río de no estarse quieto y miraban con gratitud la cima del ciprés, donde suponían instalado el cuadro milagroso. Quedaba la Virgen tan lejos de sus pupilas que no la veían, pero Arimatea les aseguraba que el cielo era el mejor refugio de la Señora, en invierno abrigada entre las nubes y en los días de mucho calor, situada en las zonas más ventiladas o donde hubiese corriente.

–Cada agosto lo festeja –reiteraba Arimatea– y ni Dios Padre se queja.

Y se comprometía a cultivar fresones de Aranjuez en la zona noble de su futura parroquia, para postre de la familia real.

–*Aranjuez aux alles!* –añoró Próspero–. ¡Versalles!

Cerró el costurero, sorbió rapé, estornudó violento y no mojó a felinos o petimetres sino a fray Natalio, que, deslumbrado por el ceremonial de su colega para desahogar los pulmones, le piropeaba desde muy cerca:

–¡Torero!

Sobre una tabla con ruedas que sus manos impulsaban por las rampas y vericuetos de los alrededores, el monaguillo Alpedrete pedía limosna a los compasivos. Mas, como el socorro de los céntimos no le alcanzaba para vivir, decidió hacer las Américas.

–Indias las llaman...

Cruzaría el charco en su carrito y con un tambor para honrar a su rey con el repiqueteo. Pero el Libro de Palacio nada cuenta de su aventura por tierras de misión, y eso que religiosos y seglares siguieron la pista de los expedicionarios de la cruz y la espada a través del tránsito intestinal del cuerpo místico.

–¿Intestinal? –se sorprendió Próspero.

–Ese mecanismo de fiscalización digestiva de los cortesanos –explicó fray Natalio– fue muy utilizado en su formato de cucamona por el despotismo clerical del Siglo de Oro con gran disgusto de los salteadores de honras, que, al ver invadido su terreno de juego, plantaron cara al aparato hasta anular su capacidad inquisitiva. Y a los que afeaban esta tendencia –adscritos en su mayoría al clero de misa y olla– se les recordaba el dicho:

–¡Una paja es suficiente / para alegrarte la vida / en Oriente y Occidente!

De este modo, cuando en las reuniones del gabinete áulico algún ministro del Señor reclamaba emplear ese instrumento –siempre en su formato de cucamona– contra quien intrigaba entre las ubres de una vaca o daba carrete al can amigo del hombre, el berrinche del titular de la monarquía retumbaba por las plantas del Alcázar, saltaba cerrojos, desquiciaba puertas y husmeaba en los rincones por donde las alimañas escapaban despavoridas.

–¡Peste de termómetro! –renegaba el titular de la dinastía–. ¡Metropestazo!

Año tras año, nuestro río hacía regalos a la población en la fiesta del patrono de la ciudad, Isidro Labrador. Al amanecer de ese 15 de mayo, corría un tramo hinchado en las inmediaciones del Alcázar y, antes de que lo absorbiera el Jarama a la altura de Vaciamadrid, esparcía por los alrededores de la pradera del santo garbanzos de Fuentesaúco, gallinas en pepitoria y rosquillas de la Tía Javiera, mejor listas que tontas.

–Son más entretenidas de comer –explicó fray Natalio a su colega francés después de facilitarle su receta.

Este altruismo de traspasar a tierra frutos conducidos por las aguas –hasta el punto de llenar con sus aportaciones la despensa de los capitalinos– congració con el río a la vecindad sin posibles, pero irritó a los que atribuyen al Dios de los cielos la exclusiva de los portentos y no ven con buenos ojos que regalen sopas a un pobre de solemnidad que aúlla de hambre.

–El río trae de todo, menos líquido –reprochaban en el mentidero de San Felipe.

–Con Dios Padre no se compite –subrayaban en la solana; y los mendicantes añadían:

–Con los imposibles tampoco.

Los párrocos aliados de Arimatea, como no admitían injerencias de feligreses en asuntos sobrenaturales, en el afán de controlar este episodio que les desconcertaba difundieron entre lavanderas y pescadores que el río estaba emponzoñado por orines de bereber.

–La morisma se ensimisma y contagia su carisma –denunció el Filósofo Rancio.

Nadie había visto mear a moritos en la costa de las lavanderas, pero los pusilánimes rehusaron desde entonces los productos que soltaban las aguas. La descalificación no privó de alimentación a los adinerados, que siguieron comiendo pescado sin preguntar su procedencia y sin dejar a los menesterosos ni las raspas.

–Es nuestro río –afirmaban los ricos con la boca llena–. Él nos moja y nosotros lo secamos.

Estos cortesanos discurrían al atardecer por los alrededores del Alcázar con la camisa sucia pero la tripa contenta. Y mientras los famélicos se relamían repitiendo el nombre de los alimentos que no estaban a su alcance, la camarilla partidaria de descuartizar a Moctezuma retrasaba la autorización normativa de su anhelo criminal hasta que el gabinete áulico se pronunciase sobre la convivencia de las tres personas del Verbo en el universo regido por un Dios omnipotente.

–Para cumplir el reglamento –razonaban– los encerramos en un convento.

Y es que se rumoreaba en parroquias y seminarios que la familia divina se llevaba a matar –el padre con un humor de perros, el hijo maldiciendo su cruz y la paloma del Espíritu Santo con iconoclastia aguda– y sólo había que levantar los ojos al cielo en periodo de tormenta y escuchar los truenos para imaginar la bronca que estos personajes montaban con el mobiliario celestial –y de cocina– cuando debatían.

–Padre, Hijo y Espíritu Santo...

Así iniciaban los mentideros la polémica. Los guasones advertían:

–Falta la suegra y hay quien se alegra.

Los malévolos aclaraban:

–Arde con Luzbel.

La mención a Satán atragantaba a las atónitas de la Virgen en su rezo acelerado del rosario.

–Mejor calladitas que preguntonas –les aconsejaban en San Felipe.

–Porque conocéis las respuestas –argumentaban en la solana.

–¡Familias desordenadas! –dramatizaban los mendicantes–. ¡Que os cosan a puñaladas!

Con la excusa de proteger la salud de los capitalinos y para evitar la delincuencia de los hambrientos, los prebostes del gabinete áulico apremiaron a los ricos a retirar las dádivas del río antes que los necesitados. Así los poderosos se garantizaban manutención, pero también el rencor de los que salían de casa después que ellos a buscar sustento contra la gazuza y volvían con las manos vacías y la tripa hueca rezongando:

–¡A muerte con el sobrado!

O en la versión afrancesada de Próspero:

–No hay revolución sin guillotina.

Desentendiéndose de los canales inquisitivos del cuerpo místico, el rey se asomaba de vez en cuando a la ventana ojival del gabinete áulico y, con la mano ensortijada de visera para protegerse del sol, buscaba en el territorio que dominaba desde su plataforma a alguna jacarandosa de porte mitológico con la que regalarse el instinto y dar celos al Omnipotente.

Así, la que a media mañana de aquel día radiante de verano marchaba por la vereda que desembocaba en el río con una canción tan estremecedora como la figura que la entonaba:

–Al coger amapolas / madre, me perdí: / ¡caras amapolas / fueron para mí!

Era su voz luminosa, pero sus palabras derramaban sobre encinares y carrascas una tristeza que enlutaba los corazones.

–Madre, me perdí...

Por el camino que conducía al río siguió su rastro el rey sin moverse de la ventana...

–Caras amapolas...

… hasta que la mujer se borró de su vista.

–... fueron para mí.

No lo dudó el rey, y como ella poseía todo lo que él ansiaba tener, encargó a la guardia que la trajeran a palacio para celebrar una boda de pobre.

Los guardias bajaron al río, agruparon a las lavanderas en el remanso playero y les invitaron a cantar a fin de que el monarca, desde la ventana ojival, identificara por la voz a su predilecta. Pero ellas, tan amigas de la chismorrería y el jajay –escribe el cronista–, no respondieron al reclamo y,

como la soldadesca las asediaba, desmandaron lengua y ademanes, circularon cachetes y hubo detenidas.

Su reclusión en la Cárcel de Corte provocó motines y se mantuvo la reivindicación de su inocencia hasta que la autoridad accedió a soltarlas por la misma sinrazón por la que fueron presas. Las liberaron –puntualiza el cronista– sin que hubieran dado la nota o el cante que requerían los guardias. Amparadas por sus familias y al abrigo de sus cuatro paredes, en su primera noche de libertad relataron su experiencia en los calabozos de la monarquía. Luego bebieron y bailaron y no hizo falta candil –se malician los informadores– para manejarse con desenvoltura en el cacareo sexual.

–Vaya bemoles que gasta el pueblo –reconocían en el mentidero de San Felipe.

–El día que se desbrava –comentaban en la solana–, se infla a matar y parir.

–No hay que sobresaltarle el pulso –susurraban los mendicantes–, que lo tiene aprensivo.

Aburrida de engorros principescos y disquisiciones rastreras, la realeza fue prescindiendo de cenas y cacerías con diplomáticos y cardenales –esos que el populacho llamaba gente gorda– para apoyar las fiestas del calendario, ya fuesen laicas o por la gracia de Dios.

Convinieron la monarquía transoceánica y el romano pontífice que cada día se venerase a un santo diferente. Pero como había más días libres que santos para ocuparlos, quedaron encargados los monarcas de rellenar a su gusto esas vacantes.

Desde entonces, correspondía al papa señalar las fiestas santas y a los reyes las laicas. Entre éstas, hitos agrícolas como la trilla, la vendimia y la primera nevada, algunos guisos, diversos dulces y, por supuesto, los cumpleaños de la familia real.

Una nimiedad se transformaba en acontecimiento cuando se inscribía en el calendario de las conmemoraciones con su programa de actividades: misa mayor, sorteo de botijos, matanza de cerdo, banquete en la pradera y libertinaje nocturno.

A media mañana del día elegido como feriado, el gabinete áulico enviaba un mensaje al cuerpo de guardia que su oficial leía a los congregados en la explanada del Alcázar:

–Hoy celebramos...

Si la fiesta era laica, podía nombrar el chuzo, la legaña, los gabrieles o, por ejemplo:

–¡El entresijo!

Y mandaba al corneta tocar a regodeo. Aplaudían los cortesanos la designación y el pueblo llano el retintín. Volaban cañonazos desde la ventana ojival y mozas casaderas y madres recelosas espabilaban el intríngulis.

El rey arrinconaba la Corona, aceptaba los servicios restauradores del Fígaro, que para su majestad siempre eran gratuitos, y al caer la tarde, embadurnado de perfumes y estrenando calzones, salía a hombros de sus ministros por la puerta principal del Alcázar entre el clamor de sus incondicionales.

–¡Ley de rey!

Ahí le aguardaban carroza y servidumbre. El monarca saludaba a sus súbditos con un garabato de su mano ensortijada y los incitaba al disloque con el grito aprendido de sus antepasados dinásticos:

–¡Culos de taberna...!

Y él mismo se respondía:

–¡Tabernáculos!

No se permitía pronunciar esta exhortación dentro de palacio, donde la reina disfrutaba de libertad amplísima para cantar o declamar el monólogo que en el instante del orgasmo siempre era agudo. Y sólo cuando el eco de la arenga se perdía en la distancia a la que se desplazaba el monarca con la finalidad de echar un polvo, el avispado Anchuelo, que era el bufón de la corte, suspendía lo que se traía entre manos y, sin cambiar de atuendo ni atusarse para no demorar su comparecencia ante quien le convocaba a gritos, corría por los interiores del Alcázar como si le persiguiera un galgo y, agitando en su mano el salvoconducto regio para amedrentar al centinela de puerta, invadía la alcoba de su incandescente majestad que ayos y meninas denominaban Cámara de Disipación –y los cortesanos irreverentes, burdel o lupanar, aunque no mediasen monedas en el trasiego de cuerpos allí conchabados.

–Aquí vengo y me entretengo.

Y mientras el rey andaba de picos pardos por chozas y bosques de la periferia, donde zagales y pastoras asaban castañas al amor de la lumbre o retozaban con sus rebaños de lanar y porcino bajo la mirada pesarosa de la vaca lechera por tanta eyaculación baldía, quedaba el dormitorio de la primera dama en soledad propicia al escarceo y, porque los dos moradores sabían a qué jugaban, al punto se privaba de ropa el bufón y halagaba con obcecada constancia las partes comprometidas de su pareja hasta suscitar con sus salvas el despiporre.

–Culmina, pesada.

Así que mientras el bufón ensartaba a su soberana por derecho haciéndole desbarrar pupila y lengua, abanicar párpados, retorcer el esqueleto y exhalar gorgoritos premonitorios del hondo calderón final, el

rey, en la soledad de los héroes y más empalmado que otro poco, reiteraba por llanos y serranías de su propiedad su oferta de acoplamiento –rebajada de tasas municipales, que todo hay que decirlo–. Mas, aunque se ofreciera gratis, tanto tardaba a veces en ligar con su pueblo que el avispado Anchuelo se recuperaba antes de su desgaste amatorio y, para que no hubiera duda de su solvencia y a fin de quedar bien situado en las futuras alteraciones de escalafón –y no porque ella le demandase suplementos libidinosos, aunque a nadie le amarga un dulce–, hacía de su capa un sayo y de la necesidad virtud, daba la espalda al cansancio y, sin encomendarse a Dios ni al demonio ni a la partenaire que dijo Voltaire, ni corto ni perezoso tornaba a ensamblarse con su querida y con un par de narices insistía en moverse por el desnudo cuerpo rival así y asá, de frente, de perfil y boca abajo, unas veces brusco, otras suave, a ráfagas escrupuloso o desvergonzado, ahora a la remanguillé y después al tresbolillo para poner una vela al Todopoderoso y otra a Belcebú, divagando por rincones y meandros de su pareja hasta extraer de sus labios florituras del estilo de sigue, para, no pares, ven, voy, tente, ladrón, qué me haces, vienes, vamos, entra, sal, tontito, mansurrote, bobodecoria, me chispas, me fluyes, me espatarras; de modo que el interpelado Anchuelo, a fuerza de hurgar por aquí y por allá –y ahora me vacío y luego te ofusco y a la de tres te horado y no te amohínes ni amilanes si me lío la manta a la cabeza y por retambufa te empotro, pues ya te anticipo que verás París mientras resoplas por haberme dado asilo en ese rinconcito de tu retaguardia– lograba con unas cuantas revoleras, dos banderillas de fuego y un estoconazo capaz de sacar de quicio al más rancio meapilas que la empitonada gozase tanto en su chiscón del Alcázar como su coronado marido en la intemperie de Castilla con la lagarta de turno.

–¡Apareados!

Todo se consignaba con pelos y señales en el Libro de Palacio ubicado en la Cámara Mínima del Alcázar. En él se explica que estas monarquías nacieron por la gracia de Dios, es decir, por capricho seminal del Todopoderoso –aquí concibo un rey, aquí lo evito y aquí nada obtengo por más que lo incito– y encomendaron su supervivencia como monarcas a la

sustancia reproductora de herederos. Esa semilla, eyaculada a tirones durante la contienda sexual y apreciada como pegamento por su adhesión inquebrantable, transmitía trono y privilegios a los descendientes dinásticos, es decir, ratificaba las monarquías creadas por su flujo, por lo que cuando el rey se escurría de placer con una descarriada o el bufón mugía de ansiedad porque su reina exigía darle todo, pero todo, ese líquido derramado por los colaboradores de los monarcas en diversas geografías –el de la reina en palacio y el del rey en el extrarradio– no se evacuaba a humo de pajas –y no va de chiste–, pues aunque la reina hubiera advertido a su bufón que necesitaba más de cuatro gotas para fundar de la noche a la mañana una camada de sangre azul y las más viejas del lugar exhortasen a la parrandera de suburbio a apear de su montura al egregio antes del desenlace sincopado para no interferir en la línea sucesoria con un embarazo plebeyo, la solvencia del ungüento en la consolidación de las monarquías –pues lo que se pegaba con él no lo deshacía ni Dios– exigía no perderlo de vista y reintegrar al Tesoro lo que los implicados hubieran vertido fuera de tiesto para evitar que un vivales lo hiciera suyo y edificara una corte paralela con pretendientes bastardos.

–Ni un cabo suelto.

Y porque en cuestiones de Estado nunca sobra la cautela, ese testimonio escurridizo de una contienda amorosa que por falta de tino o incontinencia se extraviaba en un cañaveral, sobre el tapiz de rocío matutino o entre las ropas de los eyaculadores precoces, con las primeras luces del día siguiente al revolcón de los amantes era rastreado por la guardia palatina e infatigablemente perseguido por precipicios, alamedas y refajos hasta dar con su paradero. Cercado con la misma pompa que al delincuente o prófugo, un finísimo pincel le desbrozaba de impurezas, con sobrehumano tacto se le encapsulaba en canutillos transparentes que se recogían en un cofre hermético y al son de un pífano griposo, encelado con la estrofa de *Corazón santo, tú reinarás*, la pringosa dádiva viajaba por el mapa provinciano hasta los sótanos del patrimonio regio, donde vegetaba meses a resguardo del sol, las borrascas, los confesores lascivos, las mamonas sin modales y la traición familiar, a la espera de ser útil a la monarquía en

reivindicaciones patrióticas o en periodos infértiles o enfermizos de los reyes.

–El aguafiestas.

Entre tanto, el único preso republicano interesado en acabar con este estado de cosas y dar la vuelta a la tortilla –metafóricamente hablando– se consumía de impaciencia en los calabozos del Alcázar, a la espera de que la amnistía del papa, un golpe militar o el pálpito del *sursum corda* le liberaran del trullo para proceder a las refinadas venganzas que su resentimiento incubaba en la larga noche carcelaria. Años y años llevaba aspirando su familia a hacerse con la Corona, y si a las dinastías acreditadas les bastaba para su supervivencia depositar en el lugar idóneo del cuerpo de su pareja la semilla que engendraba herederos regios, en el bando contrario, la pretensión de equiparar el producto de sus entrañas al segregado por su majestad legítima no recibía el aplauso que la sociedad tributaba al tinglado reinante, sino salivazos, collejas y, en los pleitos más ambiciosos, horca, garrote o fusilamiento.

–Si te rompo por detrás, de mí no te olvidarás.

Confiaba el recluso en que, más pronto que tarde, los juristas equiparasen su simiente republicana a la emitida por el rey a través del mismo conducto, y con ello empezase a percibir los trienios y moscosos correspondientes a su condición de funcionario de la corte y aspirante al trono. En infinidad de legajos firmados, rubricados y sellados consta su pretensión y hubiera bastado el asentimiento de la cabeza coronada a una reivindicación tan longeva para abrir naciones, mares y continentes a una etapa de gobierno compartida en la que quedase regulado democráticamente el quítate tú que ahora me toca a mí. A este desenlace parecía abocarnos el proceso histórico, pero como no era cuestión de desbaratarlo por las malditas prisas, pues ya se sabe que las cosas de palacio van despacio, cuando la cuaresma obligaba a los fieles a descargar los pecados en el confesionario, el sacerdote dócil a Roma se limitaba a decretar como penitencia para los cuernos conyugales la ley del talión. Y, *Roma locuta, causa finita*, se trasladaba la polémica al año siguiente.

Aproximadamente por entonces –calcula el cronista del Libro de Palacio–, los que padecían fístula de Lampadio, disnea Tolomea o cancanes de Melquisedec reclamaron a la monarquía felizmente reinante emplastos untados en leche de las Arrepentidas y sangre licuada de san Pantaleón para moderar el encono de su tortura, al menos durante las fiestas laicas.

En esas noches de ajetreo sensual para reyes y castizos, no faltaban paisanos que abrían la puerta de la carroza regia en el primer atasco que la detuviese y al asomarse a su interior para declarar su adhesión al serenísimo y su coronada familia sorprendían al rey y a los castrati solfeando en pelota, muchos afilando su verga o lamiéndosela al vecino, y más de uno en la postura propicia para que sus cofrades le dejaran el culo como un bebedero de patos.

–Tonsurado Arimatea –le cantaban en San Felipe–, tu negocio se estropea.

En el mentidero de la solana se le sugería:

–Arimatea, procrea.

Y el círculo de mendicantes propugnaba:

–Que venga Dios y lo vea.

Más insolentes se comportaban los que en esas madrugadas de entrepierna ardiente se acercaban a la Cámara de Disipación del Alcázar y al encontrarla cerrada y trepidante, ya que dentro dialogaban el bufón y la reina al modo que solían sus cuerpos, optaban por montar guardia a la puerta cantando miserere o gregoriano con un pandero ronco para sofocar el escándalo de alirones y dulcísimos improperios que en aquella dependencia se sucedían hasta que la reina mostraba su dos de pechos y el bufón descapullaba entre bramidos, momento en el que los centinelas rompían el

protocolo y voceaban con repique de castañuelas las coplas que ponían a Arimatea a caer de un burro.

–Tonsurado Arimatea –reiteraban los mendicantes–, la cosa se pone fea.

Alucinados por el ayuno y la abstinencia, esos infelices alardeaban de haber sacado a la Virgen del marco pictórico en que la veneraban Arimatea y las glotonas de avemarías, para situarla de cuerpo presente en la playa de las lavanderas bailando bolero –o fandango– con su hijo.

–Tonsurado Arimatea –sostenían los reunidos en la solana–, has perdido la pelea.

Porque de confirmar el pontífice romano que la Madre de Dios había aparecido a orillas del río madrileño en carne y hueso y no en pintura, y marcándose con su hijo condenado a muerte unas bulerías de quitar penas en vez de unas avemarías atragantadas, las aspiraciones de Arimatea al obispado o cardenalato se frustraban.

–Tonsurado Arimatea –insistían los mendicantes–, tienes que cambiar de idea.

Nadie dudaba en los mentideros de que en este trance histórico la suerte era adversa al religioso, y así se lo transmitían a la menor oportunidad.

–Arimatea, pelea. Arimatea, solfea. Arimatea, pasea.

Con la intención de echarle una mano, la Inquisición arremetió contra sus oponentes, que pese a militar en el mismo equipo de insufribles y compartir bragas acorazadas, mantillas de rompe y rasga y la señal de la cruz, no se libraron de los arañazos de las cuentas del rosario, manejado como unas disciplinas por los diáconos –zis, zas, te la meto por detrás y bien alegre caminarás– en los interrogatorios de calabozo o tribunal de penitencia.

–Te vas a enterar de lo que vale un peine –advertían–. Dame el empeine.

Los que sobrevivieron a la lapidación o el torniquete abandonaron las mazmorras del Santo Oficio jorobados de por vida. Unos con llagas, herpes y melanomas, otros descabalados y amnésicos. A todos se les vetó darle al trinque y al metisaca –la prohibición de pelársela venía desde la cuna– y sólo a los agonizantes se les permitió, durante los meses sin erre, templar

fístulas de Lampadio, cancanes de Melquisedec y disneas de Tolomea en leche de las Arrepentidas y sangre licuada de san Pantaleón.

Afectado por la división de los capitalinos en partidarios y críticos de Arimatea, el río se enlutó al castellano modo y hasta no recibir una reparación del menosprecio que se le infería –porque su vocación como río era unir y no separar–, dejó de proporcionar bombones y pasteles a su paso por la corte. Al reducir su caudal, disminuyó el número de ahogados, pero entre los supervivientes crecieron los diabéticos. Nada que compensase al Filósofo Rancio de su desconfianza en el cotarro capitalino.

–Nuestra corte se queja más que una vieja –criticaba–; cuando no falla el bazo, es el espinazo.

El anuncio vespertino del cambio de guardia en el Alcázar interrumpía el bordado de Próspero y la lectura de fray Natalio, que cerraba el libro de Baldez como si bajara el telón de un auto sacramental y recorría la habitación repitiéndose pasajes del texto.

–La teoría de la monarquía la aprendemos en un día –anunciaba a Próspero.

Así arrancaba la clase magistral de fray Natalio, que dibujaba una corona con las manos antes de prevenir a su compañero de investigación:

–Mi teoría sobre la monarquía os parecerá sombría, pero es simple filosofía.

Próspero le estimulaba:

–Expóngala su señoría, que me dará una alegría.

Fray Natalio objetaba:

–Es una filosofía chata de inteligencia barata.

–¿Chata?

–Y barata –corroboraba fray Natalio–. Para entender la monarquía hay que tener sangre fría.

Y respaldado por su voto de castidad, fray Natalio confirmaba al librepensador francés:

–Nuestra monarquía se funda en practicar la coyunda con obstinación rotunda.

Esta defensa del fornicio por un clérigo de armas tomar se acompañaba de unos considerandos de fuste arcangélico para no desconcertar a su morigerada parroquia. Por eso matizaba fray Natalio:

–El sexto mandamiento no actúa de impedimento y permite la excepción de una libre eyaculación.

La disertación rimada del fraile, pródiga en hipálages y sinalefas, suscitaba en Próspero una inquietud:

–Escúcheme, fray Natalio, que si no lo digo, rabio.

El fraile condescendía:

–Mueva su sabio labio, si lo hace en desagravio.

Próspero aventuraba:

–¿Acaso la regia simiente no es tan vulgar y corriente como la de cualquier otra fuente?

Fray Natalio reaccionaba como el maestro desquiciado por el discípulo puntilloso:

–Si sobre este chanchullo me preguntáis, ¿por qué la Iglesia lo avala? Yo os responderé al momento que, cuando hay poder por medio, la Iglesia no lo regala.

Así finalizaba fray Natalio su disertación y Próspero se recogía en su celda desazonado.

Dos siglos después, el escenario del Real de la Ópera reproducía la celda del convento de las nazarenas donde los sabios Próspero y Natalio charlaban al caer la tarde sobre los perendengues de la monarquía y el actor más simpático repetía la requisitoria del fraile a la vitrina de incunables para que se abriera y cerrara por su cuenta. Una añagaza, Leandra, que desde tu butaca de espectadora no te cansabas de celebrar, convencida de su eficacia jocosa.

Antes de comenzar la función, recordarás que recorrimos el Campo del Moro y la plataforma del renovado Alcázar. A la luz de un sol agónico que doraba el declinar de un río anémico, te esforzabas en caminar distinguida –cabeza alta, desdén en los ojos y figura recta–, a semejanza de tus compañeros del teatro de la Ópera, esos actores que pisaban las tablas del escenario como si surcaran salones palaciegos. El momento no era propicio, Leandra, pasaban los días sin que te avisaran para contratarte, y cuando algún tropezón en aquel suelo arisco delataba tu falta de ensayo, aducías:

–No nací sabia.

–Los reyes, sí –te estimulaba yo–. Desde el primer llanto se ajustan al protocolo de suelos y jardines.

–¿Seré como la reina?

Seguro de superar en tu compañía las barreras de la enfermedad y la muerte, reiteré:

–¡Más quisiera ella!

Leandra parecía iluminarse.

–Me descolocas.

Desde el puente de Segovia, nunca me pareció tan soberbio el Alcázar de los Reyes. Y cuando con ojos de súplica adelanté la mano hacia tu

intimidad, me impediste el contacto prendiéndome de la muñeca, peor que a un ladrón de bagatelas, para besarla en el dorso mientras doblabas una rodilla y te encarabas conmigo como si yo fuese alteza de sangre azul o el mismísimo monarca, en una de esas reacciones teatrales que llevaban tu firma, Leandra, tan hipócritas como las aguas de nuestro río mezquino y con las que pretendías encelarme antes de emitir tu consentimiento para nuestra boda, ya que lo mismo rechazabas mi proposición de matrimonio que la admitías sin reservas poco después.

–Así se arrodilla su majestad católica –y adoptabas la postura–. ¿Te convenzo?

A la hora en que los personajes de la ópera declamaban pareados en el escenario del Teatro Real, un relente de fábula alimentaba nuestro amor primerizo. Aproveché un suspiro tuyo para arrebatarte la boca con el propósito de retenerte a mi lado de por vida y más allá, si se me permitía la audacia. Y como no te resististe, mordí una y otra vez tus labios y peleé con aquella lengua vivaracha que no dejaba hueco sin indagar, a la manera del que apela a la descarada de sus sueños una vez y otra y ya pueden darle las horas y los años y los siglos que no ceja en su insistencia.

Era una calleja opaca y con olor a orines. Cerca se mercantilizaba Venus. Y porque te supuse mía antes de haberte probado entera, no supliqué tu condescendencia para gozar de tu carne. Por lo que, sin el respaldo de los grandes de este mundo, pues bastaba para satisfacer mis deseos con que me permitieras obrar a mis anchas, te arrimé a la pared como si fueras mi sombra, trajinamos lo justo y para felicidad de todos la luz se hizo.

–¡Pronto me pondrás cuernos! –decías con el aire elegíaco marcado en el libreto que interpretábamos–. Tú, mi rey, con la primera que pase. Y yo, tu reina, esclava de tu historia.

–No seas patética –sugerí. Y en la soledad de la calleja reiteré la famosa consideración monárquica:

–Desde que el mundo es mundo / y la Biblia va en verso, / los reyes cada segundo / fornican con el universo / para cumplir su misión / de traer sucesión.

Fue gozoso y excluyente, Leandra, me avasallabas y rendías. En mí se hacía tu palabra. Y porque la corte nos prefería manirrotos, cuando tiritabas de penuria yo te cargaba de mantones:

–De la China-ná y de Manila-lá –te informaba.

Tú aparentabas sorpresa:

–¿M'acetas?

Yo gesticulaba:

–Te *detiesto*.

Y tras abrochar los botones de tu blusa como quien cierra el sagrario, recorrimos las Vistillas al aire de una época que te liberaba de refajos, con el crepúsculo ardiendo en Rosales y fray Natalio consultando los manuscritos de la vitrina instalada en el escenario del Real mientras sus labios repetían la jaculatoria infalible...

–¡Culos de taberna...!

… que desde la antigüedad más remota traspasaba de reyes a príncipes la entraña del poder.

–¡Tabernáculos!

Derrochando gloria bendita o acariciando a la parrandera más próxima en el punto de su anatomía donde sabía hacer tilín –y el Libro de Palacio depositado en la Cámara Mínima considera ese tino del monarca con las partes sensibles de sus parejas el mayor acierto de su reinado–, el dinástico se disimulaba en un rincón del escenario y aguardaba el advenimiento de la juerga en el diván de su carroza con el pantalón por la rodilla, la corona en el suelo y la horcajadura alborotada por la gracia santificante.

–¡Leña al vasallo! –le animaban sus incondicionales–. ¡Entrele y me callo!

El rey maceraba su entrepierna con la mano ensortijada y estornudaba con las raciones de rapé que le servían sus adictos para expulsar miasmas.

–Monarca, no sea carca –le aconsejaba Próspero–: ¡Abra las piernas a las costumbres modernas!

Y añadía como si reprendiera a un menor:

–La monarquía claudica si el titular no fornica.

Corroboraba fray Natalio:

–Reinar es embarazar. Rey que no preña, su dinastía despeña.

Su augurio despejaba de indecisos los terraplenes de la capital por los que arrastró su carrito el monaguillo Alpedrete entre el desdén de los jacobinos afrancesados. Y escoltaba el regreso al hogar de la lavandera coqueta, con el capacho de ropa que a veces posaba en tierra para retar a su pretendiente:

–¿Agora que sé de amor me metéis monja? / ¡Ay, Dios, qué grave cosa!

Recordarás que, al volver del teatro, yo aceitaba la armadura de nuestro somier para que no chirriase. Porque la retórica de la función nos enardecía.

–Equilicuá –murmuraba Próspero.

–Sapristi –declaraba fray Natalio.

Esta complicidad de filósofo y fraile desataba la envidia del pintor Ansúrez:

–¡Insolentes!

Y trataba de encontrar afines de pensamiento, palabra y obra en los mentideros de la capital a esa hora del atardecer en que las visiones se desquician y una caterva de infelices ansía acompañar al sol por las Indias Galantes.

–¿Hacemos el heredero? –te proponía.

Y razonaba mi capricho:

–Nada más serio que el adulterio.

Tú me preguntabas:

–¿Legítimo o bastardo?

Yo citaba al Filósofo Rancio:

–Nada indico del futuro / es para mí hueso duro.

Y en esa trampa me enredaba, tratando de aclarar el enigma que me endosabas, Leandra.

Aunque el río ya no transportaba víveres, Arimatea seguía culpándolo de su infortunio y de los males de la diócesis. Dócil al pensamiento vaticano que tanto irritaba al Filósofo Rancio, si en el púlpito prohibía utilizar sus aguas, al bajar de la tribuna probaba sus peces. Necesitaba alimentarse, y por esto, cuando predicaba, nunca le faltaba una albóndiga o un espárrago que decía llegarle desde el cielo a la boca sin pasar por la aduana.

En la fiesta de las muecas del mus –cuenta Baldez–, Arimatea, molesto con la curia palaciega por su resistencia a premiarlo, decidió halagarse el paladar con una ración de chuletas aliñadas por las nazarenas. Para lo que buscó en las cercanías del Alcázar un árbol en el que recostarse a comer.

–Padre, Hijo y Espíritu Santo –meditaba–, ¿concitan fraternidad o una mano de hostias?

A la mitad de su banquete –informa Baldez–, un niño de las lavanderas corrió a comunicarle que de la copa del ciprés donde se desgració su monaguillo había desaparecido el cuadro de la Virgen. Porque sonaba a artimaña para confiscarle el alimento, Arimatea quiso acudir al árbol dañino para cerciorarse: se alzó del suelo deprisa, sin haber terminado la chuleta que mordía, y no avanzó ni medio metro, pues a causa de un hueso atravesado que bloqueó su garganta, giró sobre sí, a la manera del toro herido en el cogote por el puntillazo del lidiador Pepe-Hillo, y tras la pataleta típica del que se asfixia, expiró sin descabello.

Los testigos de su agonía pensaron destinar las chuletas sobrantes a las misiones americanas del monaguillo Alpedrete, pero como Arimatea no soltaba el plato ni difunto, con él se le enterró. De esta actitud cerril de Arimatea arranca su leyenda de fanático, pues todos dieron por cierto que, con la misma firmeza con que retenía su comida, había escondido el retrato

de la Virgen en algún rincón del cielo donde nadie pudiera quitárselo. De hecho, no dejó referencia de él en sagrarios ni en lápidas ni en las atónitas de la santa imagen ni entre los postizos y las pelucas del barbero funiculí.

Con ello se ganó a pulso la animadversión de los mentideros, que por las cuatro esquinas del Imperio hispano le ponían de vuelta y media sin respetar su descanso eterno, reproduciendo sus aspavientos y mamonadas con engolamiento de réquiem:

–Maldito cascarrabias.

–Animal de bellota.

–Chaveta perdido.

–Tocapelotas.

–Este Arimatea...

–cargó con la más fea.

–Era un basilisco…

–… con un pronto arisco, igual que un mordisco.

–Gran cabezota.

–Calvorota.

–Tipo levantisco…

–… con muy mala baba.

–Gruñendo te hablaba.

–Te montaba un cisco por una bobada.

–Y si te oponías te la meneaba.

–Con amor lo haría.

–Sólo faltaría.

–Pues mucho cariño no se le notaba.

–Es que era enemigo.

–Coincido contigo.

–Qué pena de hombre.

–Maldigo su nombre.

–Estemos unidos frente al mal nacido.

–Al puto mendigo el peor castigo.

–Dejarlo dolido.

–Sin perdón ni olvido.

–Juntemos las manos.
–Estréchala, hermano.
–Que esta sucia escoria no cante victoria.
–Para Arimatea mi mayor desdén.
–Aquí paz y después gloria.
–Por los siglos de los siglos, amén.
–Y por su culo le den.
–Mucho y bien.

En el departamento del Alcázar que tomó rango de pinacoteca por almacenar bodegones tornasolados, los artistas de la corte aportaron retratos del fallecido Arimatea a cambio de indulgencias. La mayoría presenta al personaje con los naipes en la mano y la nariz respingona, el ojo tuerto o el tacto pícaro en honor a la festividad laica del mus y sólo uno le arrastra como una culebra por un páramo indiferente a su agonía.

También recibió la pinacoteca retratos de la Virgen, imaginados todos, ya que nadie logró copia del conservado por Arimatea. Algunos consignaron mensajes en clave en la parte superior derecha de su lienzo. Por ejemplo, la fantasía del baile de la Virgen con su hijo en la playa. O la denuncia del cordero pascual a los defraudadores del Tesoro.

Dice el Libro de Palacio que el rey apreciaba estos envíos de sus cortesanos –señaladamente los realizados por los pacientes de Lampadio, Melquisedec y Tolomea–. Pero echaba de menos una reproducción de las interioridades del cielo que, exhibida en lugar público, aunque no dedicada al culto, como la pinacoteca del Alcázar, obligase a la colonia judía a barrer de las calles madrileñas los prepucios sobrantes de las cirugías de fimosis.

El retrato de los próceres Natalio y Próspero, que el rey encargó a Ansúrez para su catálogo de hombres ilustres, se considera un clásico de las carnestolendas: en el pecho del francés cuelga la llave de la razón, fray Natalio consulta un breviario de galimatías y la luz celestial ilumina la coronilla de ambos cerebros difuminando a las lavanderas del fondo.

Durante la elaboración de este cuadro, y para charlar de todo un poco, Próspero y fray Natalio sugirieron a Ansúrez que las autoridades dividieran los barrios de la corte en rebeldes y acomodados, según la frecuencia con que los vecinos usaran el río y a lo que destinaran sus aguas.

Deploraban ambos sabios –y Ansúrez coincidía con ellos– que las aguas medio secas decoraran los barrios menos agradecidos de la ciudad y las torrenciales, los ligados al Alcázar. Que fuera así y no al revés bastaba para hacer del río la metáfora de un mundo a la deriva y sin dos dedos de frente. El mundo donde Próspero y Natalio, durante su permanencia en la corte como asesores del monarca, sufrían las bromas de las lavanderas y a veces los puñados de tierra o agua con que descalificaban sus opiniones.

–Listos, listillos –les azuzaban.

Próspero y Natalio contestaban con evasivas cuando los palaciegos les preguntaban, a la luz de sus merodeos mentales por los códices de la intelectualidad, si la muerte de Arimatea había sido natural, por decaimiento del cuerpo o a través de sicarios costeados por una economía beligerante.

–Este Arimatea…

–… tenía mala idea.

–Un infla pelotas.

–Un manda cojones.

–Más sucio que un puerco.

–Tercas convicciones.

–¿Trotaba conventos?

–Alucinaciones.

–¿Trajinaba enanos?

–Sólo casquivanos.

–¿Era pajillero?

–Con el mundo entero.

–¿Abrelatas?

–Sandunguero.

–¿Mamoncete?

–Chupón.

–¿Hermafrodita?

–Del montón.

–Lo que se da no se quita.

–Sin excepción.

Al fin Próspero y Natalio conseguían despistar a sus acosadores y acogerse a la seguridad de su alojamiento monjil.

–Equilicuá –se escabullía Próspero.

–Sapristi –eludía fray Natalio.

–Quien os entienda que os compre –maldecía Ansúrez cargando de azules la paleta.

El pintor no compartía con sus contemporáneos de los mentideros la violencia del pánico, reflejo de una perversidad que periódicamente afligía a los pobladores de la corte, mas no a los elegidos por su pincel.

Rondando tus labios, te susurré:

–Leandra, ¿te degradarías por amor?

Y me respondiste:

–¿Pues no me ves?

Con la huella de Arimatea sobre sus conciencias, llegaron los dos sabios al trance –no por inevitable menos incómodo– de exponer al monarca el resultado de sus investigaciones.

Discurría esa fase del verano que deja al río más escuálido de lo que suele mostrar y, en aquellos tramos donde la sequedad se amojama, con grietas de suficiente holgura para que en las noches de esparcimiento civil la fauna pintoresca de mamuts, trincantes y pelagartos ascienda en el montacargas de la arqueología a darse un garbeo por el pavimento capitalino y echar un párrafo de circunstancias con el Labrador Isidro, que, antes de cubrir a su santa Cabeza en el lecho matrimonial conforme al débito prescrito por el Todopoderoso a los casados por la Santa Madre Iglesia, pastorea la zona con los bueyes de su jefe Iván de Vargas.

Ambos sabios afrontaban desde su peculiar filosofía de la vida la cuestión que les trajo a la corte, porque para atenuar la sequía fray Natalio proponía reproducir el milagro evangélico de los panes y los peces y Próspero, aplicar el sentido común cartesiano.

Concluida la entrevista con el monarca, cada uno tornaría a su lugar de procedencia: Próspero volvería a Versalles a frotarse el trasero con sus amistades *dangereuses* y fray Natalio a inspirar sus versos en la huerta de los franciscanos de Pastrana que la ciega Társila Bonafé esquilmaba para sus habilidades culinarias.

–Con pan y tomate me limpio el gaznate –se arengaba.

Tras los saludos de reglamento en el salón de las bienvenidas y antes de debatir en la Cámara del Trono los problemas del mar y del río, el monarca confesó a los sabios –en el tono distendido de cuando se habla de todo un poco– que, desde la última Semana Santa, le picaban mucho los cojones.

Superada la estupefacción provocada por su llaneza, fray Natalio aconsejó al monarca transoceánico la paciencia del santo Job. Pero Próspero, que sospechaba contagiado al rey a precio de ganga por las licenciosas de los tabernáculos, apostó por convocar a palacio a un tragaldabas de líquido seminal –de los muchos que lo mendigan por las tertulias de la corte con el argumento de que no comen caliente–, capaz de depurar los conductos del tránsito erótico con más solvencia que el rascado frenético.

Indeciso el monarca ante propuestas tan dispares, exhortó a continuar la recepción. Y mientras fray Natalio se entregaba al rezo en la antesala, porque no conocía mejor freno a la incitación sexual que recitar mil veces el padrenuestro completo, Próspero detalló su experiencia como investigador en la Corte de las Españas.

Según el intelectual francés, los cortesanos madrileños tienen del agua la idea que les aporta su río, de modo que, aun burlones y desdeñosos con sus trazas, en el fondo se avienen a lo que les suministra; y como esa cantidad podía aumentar, pero también disminuir, e incluso desaparecer, le dejan a su aire para que controle el volumen de su cuenca y decida cuándo mostrarse opulento o insolvente con quien se lo birla.

–*Comme ci, comme ça* –refrendó con la impavidez de un experto en sarpullidos.

Después de husmear mesa y mantel y con retrato garantizado en la pinacoteca real, Próspero deducía que la gente cortesana prefería dejar las cosas quietas y el río a su aire, sin acometer reformas en el entorno residencial de los monarcas, con lo que la anémica cinta de agua que rodeaba el Alcázar seguiría señalando *urbi et orbe* los periodos de carestía o inundaciones.

–Aviados estamos –soltó el monarca como si escupiera–. Nuestro personal se los pisa.

Y se disponía a estornudar en el pañuelo cuando Próspero cargó la suerte:

–Este vecindario de palomas e isidros, con su cazurro desdén a lo que se reproduce más allá de su agujero, niega que exista en el mundo una

superficie de agua mayor que la aportada por su río, incluso cuando se comprime o renuncia a ser quien es. Porque como aseguran con desparpajo en sus tertulias de felipes, mendicantes y solanas –y aun lo recalcan en sus tonadillas cantadas y bailadas sobre un escenario–, lo que no entra por sus ojos no existe.

Voceando clarito para que llegase su pensamiento a fray Natalio en la habitación contigua, agregó Próspero:

–El mar del que ellos reniegan asoma por las costas de mi patria francesa como un hecho cotidiano, de forma que cualquier día le da la perra de salir de jarana y sin pedir permiso a la autoridad ni pensárselo dos veces, cruza de una carrerita la cordillera euskaldún, aborda la meseta del Campeador, desemboca en la capital del Imperio, se planta junto a la farola de la esquina y, tras declarar finiquitado su viaje, conmina a vuestra majestad a bailar un chotis sobre las dimensiones de un ladrillo.

–En la farola de la esquina –se holgó el rey–. Me chalan las hipotenusas.

–Pues rehúya las picatenadas –le previno Próspero–. Contagian lambones.

Resonó la sabiduría popular de fray Natalio:

–En una virgen sorda / lo que no mata engorda.

Próspero matizó:

–Una mujer gorda / lo que aborda le desborda.

–*Ora pro nobis* –completó el rey; y contraatacó–: Nuestro fraile sin par, ¿opina del mar?

Fray Natalio aseguró:

–¡La mar de veces!

Objetó Próspero:

–¿El mar o la mar?

Afirmó fray Natalio que el español de iglesia, que en honor a Arimatea se lanza a la calle rosario en mano a redimir infieles, considera la existencia del mar una petulancia de los narradores de historias, capaz, sí, de transportar conquistadores al Nuevo Mundo mediante navegación a vela, pero enemiga de algo tan entrañable a su paladar serrano como los buñuelos

o los churros, porque ni los capitalinos más perturbados rellenan de tanto vuelo sus fantasías alimenticias.

Descargado de sermón, el fraile se retiró a la antesala con los misterios del rosario como propuesta de rezo y Próspero alabó los ríos de su amada Francia, reflejo de una sensibilidad distante del dogmatismo de la curia española, como denunció:

–En esta corte suya, majestad, los devotos de misa y olla son por naturaleza alambicados, pues no sólo dan la espalda a ese mar que representa el progreso, sino que prefieren no incorporar al río arroyos y fuentes porque dicen que todo lo movedizo escapa de su control.

Saltándose el protocolo, Próspero se arrimó al trono ilustrado y recitó con rostro encendido:

–Transitan pozos o pocilgas con la bragueta alerta, entre delirios de juglares, kikirikíes de escandalosas y blasfemias de los mancebos desflorados al estímulo de aquí te pillo, aquí arremeto, con rugidos de fiera corrupia, mimos de felino abacial o calderones de garganta de los demandantes de leche de las Arrepentidas o sangre licuada de san Pantaleón para aliviar los dolores de la fístula de Lampadio, la disnea Tolomea y los cancanes de Melquisedec.

En una deriva inesperada de su discurso, aventuró:

–Majestad, proclame la República.

Agregó:

–Con usted de rey.

Y asiendo del brazo al monarca como para darse un garbeo por el salón, le inició en la circularidad danzante del chotis con ojos de mucho pecado.

–La República de su majestad...

El rey desfallecía en brazos de su consejero.

–*Quoi?*

–*Republique*.

Se mosqueó el monarca:

–¿Me desvirga Dios?

Próspero admitió:

–Por retambufa.

Reconoció el rey:

–Algo siento al sentarme en mi asiento.

Próspero fantaseó:

–Será el viento.

Corrigió el rey:

–O un mal pensamiento.

Y extravió su diestra en el pantalón de su consejero. En el despacho vecino aulló fray Natalio:

–Prefiero el río.

Próspero se desenlazó del rey antes de responder a fray Natalio:

–Nosotros, el mar.

El monarca regresó al trono y enderezó la voz.

–Amigos sabios, vuestros informes desequilibran a la Corona: lo que uno defiende, el otro lo ataca.

Sonó un quejido, como si se desgarrara una tela, cuando el rey, víctima de duda metódica, se tambaleó en el sillón dinástico con el epigrama en los labios:

–¡El rey es reo de un río!

Reapareció fray Natalio con sonrisa de victoria. El rey se inquietó:

–La revolución me arrastra...

Y resbaló en el trono, primero con calma y luego más rápido, hasta caer sentado sobre la alfombra y allí tenderse todo lo largo entre exhalaciones farragosas de su espíritu veleta.

–Mis sueños son risueños, mis criadillas cotillas y mis cefaleas mareas.

–Retórica –acusó fray Natalio.

–Ilustración –rebatió Próspero.

Sin recurrir a su patrimonio de victorias bélicas que tanto encelaban al Todopoderoso, el monarca transoceánico instó a sus interlocutores a complacerle.

–Que se haga ley.

Próspero y fray Natalio arrinconaron sus diferencias:

–Mandad, mi rey.

El monarca ordenó:

–Quiero el mar en mi ventana.
Los consejeros prometieron:
–Desde mañana.
Satisfecho con la respuesta, el rey concedió:
–Que empiece el baile.
Y exigió:
–Con la bendición del fraile.

El Libro de Palacio –te expliqué– considera terminada una audiencia cuando el convocante se retira del lugar donde decidió celebrarla. Pero en esta reunión del rey con sus asesores, fue fray Natalio el que se ausentó al rechazarse su adhesión al río. Tras una reverencia honda, pero tan precipitada que derivó en traspiés, el fraile abandonó al monarca y a Próspero con una alocución chulesca como balance de su encuentro:

–¡Con dos cojones!

Referencia que aprovechó el monarca cuando Próspero hurgó en su ropa.

–De los dos que me tocas –señaló campechano–, sólo pica éste.

Y se felicitó sin ambigüedades:

–La Corona funciona.

Alborotó la copla de la lavandera y el rey se precipitó a la ventana medio desnudo. En el laberinto de carrascas y encinas se le despistaba la mujer y cuando creía distinguirla –y no era ella, sino un ciervo o un conejo–, le suplicaba en su delirio:

–Ráscame.

En cámaras y pasillos del Alcázar, servidores domésticos y cuerpo de guardia coreaban la consigna de fray Natalio:

–Más barroco y menos descoco.

Entre felicitaciones y piropos de los que le aclamaban como jefe, salió el religioso por la puerta principal de palacio y el retén de vigilancia no impidió que una ciega corriera a abrazarle. Era Társila Bonafé, la cocinera del convento de franciscanos de Pastrana que, desorientada por su invidencia, había pasado por varios brazos masculinos, con su

correspondiente sobado de tetas, antes de agarrarse a los de fray Natalio para repartir melindres.

–Sí al río –recalcó la ciega.

En la cocina del Alcázar, hambrientos y empachados se disputaban un chusco.

–Nada supera las lentejas de Társila –los descubridores de Indias lamían el cuenco.

–Esta besamel derrite los humores –supuraban los canónigos.

Los famélicos apremiaban a los comensales:

–¿A qué sabe el manjar?

Y como les respondían con chascarrillos, manoseaban el alimento para degradarlo.

–¡Chicha redicha!

–La bicha es la picha.

–¡Biendicha!

Társila descalificó a los necesitados:

–¡Muertos de hambre!

Y más concretamente:

–¡Fiambres!

El marginado replicó:

–Mírame, ciega, me tiraron un ojo al puchero.

–¿Entero?

En las plantas superiores del Alcázar, los miembros del gabinete áulico recogían alabanzas a la epopeya marítima y desdenes a un río plebeyo.

–El mar tiene una grandeza que en el río es pobreza.

Con esta reflexión abrió el monarca la sesión de consulta del gabinete áulico. Un ínclito le sondeó:

–Si hasta aquí viene el mar, ¿dónde irá el río a parar?

–¿Y cómo traemos el mar? –le rebatieron.

Para proteger su mensaje, Próspero describió en clave el procedimiento de traslado:

–Gambito de infraestructuras y fanfarria de cemento y, en los paréntesis inverecundos, ya sea noche cerrada o mediodía poroso, gambito de cemento

y fanfarria de infraestructuras.

–¿Catapún chin chin? –indagó el monarca.

–¡Predestinación! –proclamó el intelectual francés; y pormenorizó la estrategia–: Años de convivencia entre chichinabos para regar el Sena con el dolor de España, allanando cimas verrugosas donde maridan tropa y cabalgaduras, depositando orines en catedrales y semen en mancebías y, a la cabeza del dispendio, el estandarte de gala en el que Juana de Arco chapotea en un barreño con agua traída de Lourdes...

–Ventilándose las tetas –recordó el monarca.

–De eso no tiene.

–Pues no me conviene.

–¿Agora que sé de amor de caballero...?

Volcado en la ventana, el rey no encontraba a su lavandera en el paisaje del Alcázar. Por lo que sondeó a Próspero:

–¿Me torea el Omnipotente?

Esperaba la confirmación de ser más que Dios cuando descubrió a fray Natalio en el cuerpo de guardia y a voces intentó ganárselo:

–¡Tributo con mis atributos!

Halagado de que el rey valorase la eficacia de su rezo, fray Natalio se quebró en una genuflexión. Y mirando a la ventana ojival, recitó a mano alzada:

–Nadie más cortesano en su entereza / que nuestra majestad majestuosa / que en su animadversión a la tibieza / prefiere reinar desde la fosa...

Arrojaba palabras como escupitajos y cerraba cada verso exclamando al repique de las castañuelas de Társila:

–¡Pre-des-ti-na-ción!

Así finalizó el primer cuarteto de su composición al monarca transoceánico. Pero en el segundo, que los venerables de la golfemia literaria consideraban obsecuente, socaliñas y más epaminondas que puldamen, sus riñones se resintieron del ejercicio.

–Maja del majareta mujeriego / que al majo remoja con su mejunje / que hasta el demonio juguetón compunge...

Alteraban la sensibilidad del fraile las cacofonías del artista adolescente, porque después de tanto zarandearse tratando de escribir derecho con renglones torcidos, el destinatario de su veneración desaparecía de la ventana ojival del Alcázar –tris tras, tu virginidad perderás y nunca más me verás–, dejándole con el paquete en candelero, el orificio ardiente y el pito desairado.

–Me abandona el serenísimo / y no me redondea el verso / porque me alborota el trino / y al converso tergiverso...

Desmoralizado, fray Natalio se orilló de la ruta que le conducía al Parnaso, pero el rencor de su cuerpo maltrecho entorpeció un movimiento tan simple y, falto de cintura para reprimir el desdén, reincidió en la torpeza de Abundio cuando iba a vendimiar y llevaba uvas de postre.

–*Magilis mogilis mijalas* / migajas de mejorana y muguete / se esconden en el retrete...

Por regodearse en su desgracia, el fraile perdió el equilibrio y en menos de lo que se tarda en decirlo abrazó la inercia de la gravedad: dobló las rodillas, despegó los talones, proyectó su rostro al suelo con ansia de morder el polvo y, ya en caída libre por la geografía de la capital del Reino, rompió el silencio de aquel Edén con una apelación al sufrido pueblo de Dios más informativa que blasfema:

–¡Que me corro!

Otro ciprés, tan oportunamente situado como el que salvó la vida al monaguillo de Arimatea, contuvo las volteretas del fraile, evitando que se despeñara. Espatarrado y sin sentido quedó fray Natalio en medio del bosque y el Libro de Palacio recoge la reacción de los mentideros de devotos, solanas y mendicantes ante esta tentativa suicida. Primero la define:

–¡Tozolón!

–¡Mamporro!

–¡Batacazo!

La analiza luego:

–Góngoras.

–Quevedos.

–Lazarillos.

Y finalmente receta:

–Jarabes.

–Pomadas.

–Gárgaras.

Palpitó la floresta, resopló el viento y la reina reclamó su dosis sexual a grito pelado, pero el rey evitó comprometerse: eran las cinco en punto de la tarde, la hora taurina en que los miembros del gabinete áulico pasaban de la teoría a la práctica, el monarca se ajustaba los machos, prendía su coleta al cogote y al son de un pasodoble tarareado se encaminaba a la plaza para ver salir el toro de chiqueros y cómo desplegaba la capa el sobresaliente y a la declinante luz del cielo porfiaba con la insolencia del morlaco hasta que de ese debate entre naturaleza y civilización enmarcado en una faena de aliño surgía el chispazo de un lance en forma de verónica o merodeo que bajaba

los humos al enterado de Madrid allí presente, lo evacuaba de su asiento en un pispás y le obligaba a retirarse a un seminario o al burdel, visto que con el arte de Cúchares no se congraciaba.

–Requetechipén.

–Ojén.

–*Coldcream*.

Coincidían las lavanderas:

–Que os den.

–Mucho

–Y bien.

En el patio del Alcázar las víctimas de Lampadio, Tolomea y Melquisedec demandaban:

–¡Burladero para el pinturero!

Atentos a la reclamación, media docena de adictos a comunión diaria aparecieron con las parihuelas previstas para retirar del ruedo a los corneados.

–Ep, op, ep, aro –jaleaban su marcha–. Ep, op, ep, aro.

En el escenario del drama olía a injuria y gambeteos. Se vanagloriaba el Alcázar de impulsar lo inesperado.

–¡Estreñido!

–¡Obtuso!

–¡Cataléptico!

El Filósofo Rancio pontificó sobre el fraile:

–Virgen y sin catarlo. Otro baldío.

Y en brazos de la zozobra, evocó aquellos zafarranchos de candil donde disfrazaba de corregidor a un seminarista para que copulara con quienes no rezan el rosario. Pero en esos círculos de entrometidos en los que la convivencia entre hombres y mujeres inspira la danza que subleva los pulsos en busca de una corrida en pelo, el neófito no se empalmaba ni aunque le cantaran el trípili.

–Librepensador, no me agobies –rehusaba entre sollozos.

Társila reivindicó atender a fray Natalio y sus manos de plata amasaron igual que un bizcocho las costillas lastimadas del clérigo, mientras los

perspicaces del gabinete áulico agitaban naipes y dados para decidir qué hacer con el representante de la Iglesia, ya que si lo devolvían a Pastrana podía morírseles en el camino y si lo retenían en la corte, apoyaban a un enemigo del mar.

Imploró fray Natalio a sus cuidadores:

–Quitadme la sed.

Y porque prefería servirse del río, se le descararon.

–Mochales.

–Turuta.

–Baldragas.

El fraile insistía:

–Reemplazo al Bautista en Palestina. ¿Inicio el bateo?

Társila le disuadía:

–Cuando aparezca el padrino, cataremos el vino.

Planteaba el gabinete áulico quién cuidaría del fraile. El pintamonas aventuró:

–La ciega.

Respingó la oposición:

–¿Quién nos cocina entonces?

La reina no paraba de lanzar gorgoritos sin que su corresponsal erótico se diera por convocado. Observó Próspero:

–Reina que no mama, en la cama infama.

Y salió a pasear con sus amigos librepensadores por la orilla del mequetrefe roñoso. En sus estancadas aguas, dos carotas tenían arrodillado a un burro. Les preguntaron:

–¿Retoza Platero?

Contestaron:

–Aún le queda mili.

Insistieron:

–¿Parla cristiano?

Precisaron:

–Chamulla latín.

Indagaron:

–¿Qué le gusta en la vida?

Respondieron:

–La letra impresa.

Oían estas frases los mentideros y desacreditaban la orden religiosa de fray Natalio.

–Agobiada desde la cuna por la promesa de orgasmo –recordaban en San Felipe–. ¡Pleonasmo!

–La casta del monje casto –señalaban en la solana–. ¡Nefasto!

–No hay calma para su alma –opinaban los mendicantes–. ¡Siempre se empalma!

Próspero advirtió a los murmuradores:

–Crudos los prefiere el diablo.

Y la amenazante sentencia gravitó sobre el paisaje donde lobos y conejos se acoplaban al tuntún, para incomodidad de la vaca lechera, que prefería ubicar la expulsión de la semilla generadora en el calendario de fiestas del lugar.

–Quería comerse el monte y se ha quedado sin dientes –reían en San Felipe–. ¡Impaciente!

–Oposita al pudridero –aventuraban en la solana–. ¡Basurero!

–Un cuerpo con más cardenales que Roma –ponderaban los mendicantes– ¡Diploma!

De tan parco patrimonio, los seguidores de fray Natalio salvaban su obra poética:

–Interludios a porrillo en octosílabos cincelados –clamaban soñadores.

–Subordinadas de joyero con mucha gramática parda –aseguraban entre suspiros.

–Asonancias cascabeleras sin tildes para el santo y seña –destacaban con envidia.

Satisfecho con los cumplidos de sus incondicionales, fray Natalio bordeaba la incontinencia:

–Invado el mar con esdrújulos / a mi río doy sonetos / y a los que se ponen chulos / les regalo mis cuartetos.

De ahí que Próspero dictaminase:

–A punto de incurrir en mutis se ha quedado de un aire. ¡Donaire para ese cutis!

Renegó el fraile al oírlo:

–Cualquier chula confabula.

–Y no necesita bula –le contestaron.

En una dependencia del Alcázar instalaron al religioso cara al techo para mayor comodidad de Társila cuando en la sensualidad de la medianoche tanteaba en sus calzones.

–¿Se la casco, padre?

Fray Natalio concedía:

–Hasta que florezca.

Y al son de un minueto empalagoso que trasladaba a los últimos rincones de palacio reminiscencias de amor cortés, la cocinera ciega comulgaba con la descomposición seminal del fraile entre denuestos de los mentideros a la clerecía vaticana.

–La gente de iglesia no sabe caminar derecho –argumentaban en San Felipe– ¡Cuánto despecho!

–Ganan a hostias la gloria eterna –criticaban en la solana–. ¡En la caverna!

–Su único dios es su verga –apuntaban los mendicantes– ¡Vaya monserga!

Para informar al monarca de la evolución sanitaria de fray Natalio, Ansúrez le entregaba todos los días un lienzo que en la parte superior derecha, sobre un fondo de mar o de río, anunciaba su estado de salud.

–¡Una perspectiva viva! –y el monarca guiñaba un ojo al paisaje–. ¡Mejor que una lavativa!

Remachaba el galeno:

–Activa y pasiva.

Incidían los fisgones:

–Ojo a la saliva.

Concluía el inquisidor:

–Es puta y que nadie me lo discuta.

Antes de presentárselo al rey, Ansúrez retocaba el mensaje conforme a las indicaciones del gabinete áulico.

–Ráscame –suplicaba el rey a la ilusión de lavandera.

–En vilo me tiene –decía la soberana de su bufón–. ¡Ya empina el colgante!

Se compadecían los castos:

–¿Y con ese tunante sale adelante?

–Renqueante.

Se enfadaba el auditorio:

–Menudo mangante.

–Boda de pobre, vida de rico –sentenciaba el gabinete áulico; y la corte corroboraba:

–¡Ley de rey!

–El mar absorbe disidencias –tranquilizaba Próspero al gabinete áulico–. El río las encona.

Al charlar con sus íntimos, el rey temía que con la llegada del mar a la corte, la lavandera no volviese a la zona del río.

–Turbado me deja / aunque no me mire / ¿será una quimera / que se me resiste?

Cortesanos y soldados buscaban una explicación a la incomodidad de la reina con su amante plebeyo.

–Rebufa la bufa del bufón...

Y como no la encontraban, deploraban la deriva de los amoríos regios.

–El soberano patina, la reina desafina y la menina nos tensa la minina. ¡Una escabechina!

Recordaba el Filósofo Rancio:

–De la Ceca a la Meca viaja Babieca y hasta el más casto peca en la biblioteca.

Se desahogaban los mentideros:

–Atarse al trono es caparse. Todo soberano quiere fugarse.

Circulaba en la corte un plan de resistencia al mar elaborado por los partidarios del río. Társila se lo describió a fray Natalio, que lo acogió como una prueba de amor de su ciega licenciosa:

–No me perturbes, querida, / y a mi vera cálmate / que si de tu mano fío / mil veces repetiré...

En la alta madrugada y aliviado de semen, valoraba fray Natalio la inteligencia de su cocinera porque en sus ojos sin vida hallaba la luz que le faltaba a la corte. Y Társila insistía en endosar a la doncella de Orleans la pancarta de bienvenida al mar.

–¿Le repuntan las tetas? –porfió el fraile.

–Ni lo ambiciona.

Recordó fray Natalio:

–La quiero pechugona.

–¿Mandona?

–Molona.

Y por real capricho:

–De Barcelona.

La ópera que vimos representar Leandra y yo incluye el viaje que los reyes de otro tiempo realizaban en Navidad al Buen Retiro. Ante la posibilidad de que el mar llegara al Alcázar en ausencia de los monarcas, se había prohibido a los ciudadanos abandonar la corte. Pero tanto tardaba el mar en bañar palacio que los reyes encomendaron a un retén que les avisasen cuando la incidencia se produjese.

Formaban el retén Társila, fray Natalio y un pelotón de correos despiertos. Todos apostados a la puerta del Alcázar para no perderse la solemnísima entrada del mar en la capital española –con una nodriza tetuda en el estandarte–, ese milagro que recogería en lienzo Desiderio Ansúrez y bendeciría fray Natalio, con el hábito de Tierra Santa revestido por Társila de un pegamento seminal que despertaba la curiosidad de todos.

–¿Quién te echó ese engrudo?

–La gracia de Dios.

–Barato lo pones.

–Tengo mis razones.

Desde el jergón donde purgaba sus ramalazos de poetastro, fray Natalio afeó a Próspero su tendenciosidad informativa. Por instinto lírico, al fraile le apetecía escribir sobre lo nunca visto, algo que Társila interpretó como un piropo a sus ojos muertos.

El Libro de Palacio atribuye a fray Natalio la redacción de los sucesos de la corte: con caligrafía puntiaguda da cuenta de los que fue testigo y con letra más relajada, de los que no alcanzó a ver y Társila le narró mientras lo masturbaba –¿cómo no?– religiosamente.

En vísperas del traslado navideño de los monarcas, una expedición de más de cincuenta carrozas rodeaba el Alcázar. Fray Natalio menciona a sus

ocupantes por su nombre y su oficio, con cariñosa referencia a los niños, alborotados por la posibilidad de tomar las riendas de las caballerías.

El día de la partida coincidía con la fiesta del desagüe. El pueblo la conmemoró en la pradera y hacia media tarde, con los más impacientes devorando meriendas, se repitió el ceremonial que refleja la ópera: el rey sale del Alcázar soltando perfume y desde el pescante de su carroza arenga al gentío:

–Culos de taberna...

La pradera responde:

–Tabernáculos.

Anuncia el bufón Anchuelo:

–Al Retiro me piro.

Completa la muchedumbre:

–En un suspiro.

Parte a su destino la caravana regia y cuando se vacía el escenario, un chorrito como de orines empapa la senda.

–El desagüe –intuyen los paisanos.

El chorrito amaga con desviarse por la playa de arena blanda, pero se traga su arrebato y torna a su cauce, para alivio de las lavanderas:

–El río no tiene culpa / de dar tan poco de sí.

Y añaden el pareado que tantas veces recitamos Leandra y yo desde nuestras butacas de espectadores:

–En la actuación de los reyes / influyen poco las leyes.

Impulsado desde la caravana real, el gorgorito de la reina asusta a una minoría de seguidores que desisten de formar parte del séquito cortesano y escapan por los arrabales del río entre improperios a la fístula de Lampadio, la disnea Tolomea y los cancanes de Melquisedec.

–La circuncisión no es solución.

–La sodomía avería los anales.

–Un solitario diario y un casquete semanal disuaden a nuestros reyes del adulterio oficial.

Los que a las puertas de la Cámara de la Disipación del Alcázar marcaban con antífonas y pandero el extravío libidinoso de la reina y su

bufón Anchuelo se extrañan de la actitud comedida de la soberana al repetir ese ejercicio en este escenario, ya que no han observado en su novio decaimiento erótico, sino las remontadas propias de los malabarismos pélvicos. Y abiertamente sentencian:

–La Corona, a chirona.

–Despilfarra y desbarra.

–Si no fornica, se achica.

Contando las monedas de la colecta, remacha el patriarca de Indias:

–Quien copula se estimula.

El monago puntualiza:

–Y no necesita bula.

El obispo contrataca:

–El que peca se hipoteca y el que no lo hace, yace.

Intercede el pueblo soberano:

–Requiescat in pace!

El prelado determina:

–Cárcel para quien la hace.

Unos pocos prófugos de la caravana real invaden el chiscón de fray Natalio suplicando alivios para la disnea Tolomea, la fístula de Lampadio y los cancanes de Melquisedec. El fraile se encampana:

–¡Reivindico mis desechos!

–¡Derechos! –le rectifican.

Pero fray Natalio concreta:

–Esputos, cagadas, orines.

–¡Viva el organismo descargado! –desbarra Társila Bonafé; a lo que fray Natalio apuntala:

–Lo que expulsa mi cuerpo ya no te infecta y empalaga tu boca pluscuamperfecta.

Y con el desmedido interés por el sexo que caracteriza a los eclesiásticos, aconseja a sus oyentes no sobrevalorar los exabruptos del bufón y su majestad graciosa en el trance mayúsculo del coito, ya que constituyen flatulencias de un instinto versátil.

Uno de estos cortesanos comenta que la soberana, que por muy exagerada que se comportase ni tontiloca perdía el oremus en el trajín sexual, se echó a llorar hace días cuando su bufón, en el ápice del desquiciamiento amoroso, en vez de piropear a la reina, como prescribe el protocolo para el trance álgido del orgasmo, vitoreó al río que agonizaba dos plantas más abajo de ellos.

–¿Os imagináis la escena? La reina reprochando al bufón: «Amor mío, me has *herío*». Y Anchuelo despotricando: «No hay tío páseme usted el río. Sólo me fío del río».

–Retumbaron bofetadas –recuerda el auditorio congregado en las cercanías–. Es culpa del río.

–Anchuelo defenestrado –pregona la guardia al formar–. Aportemos sementales.

–Anchuelo no va al Retiro –reflexiona fray Natalio–. *¡Saborío!*

–A remojo la enculada –decreta Próspero–. ¡Resalada!

–Abstinencia permanente –corean todos–. ¡Insolente!

En recuerdo del bufón favorito de la reina, canta la pradera lo que desde nuestras butacas tarareamos Leandra y yo:

–Siete vidas tiene un gato / no hay cortesano barato.

El cuerpo de guardia busca a Anchuelo a orillas del río, en los despeñaderos y por dependencias del Alcázar. La sombra de Nicolás el cabrero acompaña al embozado que se identifica a la puerta de la habitación de fray Natalio mediante muecas aparatosas y lenguaje infantil:

–Cucú.

Fray Natalio tira de pluma y papel para recoger secretos de la monarquía transoceánica. Pero el bufón Anchuelo –pues no es otro el confidente enmascarado– sólo quiere dejar constancia de sus corazonadas:

–Amo al río.

Y antes de que lo persigan los corchetes, huye. En la mejilla le sangra un arañazo.

–Con el rabo entre las piernas y la mano derecha aceitada –detallan en el mentidero de San Felipe–, extravía el oremus por la explanada.

–Con el manubrio expedito –dicen en la solana–, se engolosina solito.

Los menesterosos añaden:

–Goza el pobre con lo que tiene a mano.

La insinuación escandaliza a la pradera:

–¡Marrano!

–Insano

–Pagano.

Preocupa en los mentideros la debilidad del río.

–Hace un mes tenía agua –deploran en San Felipe–. Parecía pimpante.

–En depósito no aguanta –secundan en la solana–.Y lo que aporta es menguante.

–Vaya tomadura de pelo –desdeñan los menesterosos–. Mucho frufrú y poco ñeque ñeque.

Cubre la cuenca un arenal que los pescadores transitan con la desenvoltura de Nicolás el cabrero, junto a perros zascandiles y yuntas calmosas.

–El mundo al revés –reprochan–. Tierra para el mar y al río ni una aguadilla.

Revolotean los ángeles por los campanarios de las cercanías con la consigna ilustrada:

–Esta capital del hambre se adorna de esculturas que no le dan de comer y mantiene el río a dieta y al sol sin descansar las horas que le pide el cuerpo.

Advierte Fígaro a sus clientes de la barbería:

–Al higo y a la breva / mi nueva digo / a la breva y al higo / dila conmigo.

Y el escenario del Teatro Real enmarca el baile de petimetres y majas recogido en el libreto de la ópera, con el que se cierra este espectáculo edificante.

–Me conquistó el escribano / que teníamos a mano.

El baile se interrumpe, antes de que algún capellán evoque a Arimatea y la Inquisición encargue misas por la salvación de su alma.

–¡Predestinación! ¡Llega la revolución!

Sensibles a la advertencia, unos buscan su iglesia y otros sofocar el disturbio mientras las campanas de las parroquias propagan el presagio:

–Este río maldito / no tiene madre, / se la requisó un prendero / con malas artes.

Lo afirman en la solana y los mendicantes proponen:

–No trae agua este río, sino veneno / no le hagas de más, sino de menos.

Y en el mentidero de San Felipe corroboran:

–A ricos respeta / y a pobres mata / válgame este río / qué mala pata.

Quienes no sepan leer escucharán la agudeza, los duros de oído la entenderán peor que los sanos, y al que no sepa ni comprenda se le explicará con gestos lo que quiere decir, a fin de que todos los nacidos en la capital del reino, y también los forasteros que no residen en ella y van de posada en posada, fatigando caballerías y litigando pleitos, suscriban el hartazgo de los cortesanos por el mínimo cinturón de agua que les ahoga:

–*Bebiome un asno ayer* –dice el poeta– *y hoy me ha meado...*

–Desconfiemos del río –aconsejan los ricos.

–Atendamos al mar –señalan los pobres.

–El río debe hablar –coinciden todos.

Absorta en su faena, la lavandera no percibe la sombra de Anchuelo, que inclina media cara sobre los charcos fabricados por el desagüe para escuchar lo que se lleva la corriente. Sin que la lavandera se percate, el bufón se coloca a su lado y decide:

–Aquí me planto.

Hinca la cabeza en el agua, rescata del río un pez y se lo regala a la lavandera.

–Por hermosa, preciosa.

Desde el camastro donde es testigo del episodio, fray Natalio anticipa a la ciega Társila:

–No pecarás porque no lo verás.

La lavandera acaricia la mejilla dañada del bufón. Éste se desprende de sus ropas mojadas entre loores a la verga discontinua, y la lavandera también se desviste, después de encomendarse a la pitonisa que remienda virgos por Pascua.

–Pensaré en mi reina –se embelesa el bufón.

–Pensaré en mi rey –se estimula la lavandera.

La pradera les alienta:

–Sanos de la corte / cortesanos.

Y reitera las reglas de comportamiento sexual que se transmiten de padres a hijos:

–Entrar y salir hasta concluir.

–En vez de precipitarse, sosegarse.

–El cachondo rasca el fondo de su tarasca.

Insisten los maniáticos:

–Bendito el que se reprime y a su amante no deprime.

De un agitar de capas llega el estímulo:

–Manos a la obra, valerosos.

Con cristiana obediencia, el bufón se tumba boca arriba, la lavandera encima de él y encajan sus figuras en un vaivén de minutos hasta conseguir el espasmo de sus esqueletos.

–Olé tu madre –vocean los majos.

–Vivan tus muertos –gritan las majas.

El ilustrado describe el espectáculo:

–Amena faena sobre la arena.

La pradera corrobora:

–Marimorena en Nochebuena.

El ilustrado felicita:

–Enhorabuena.

Todos proponen festejarlo:

–¡A la verbena!

Comentan los expertos:

–Embestida coronada.

Los maniáticos elogian:

–Valéis una millonada.

Társila se encandila:

–Tenéis la cruz en la espada.

La lavandera adula a su amante:

–Mi príncipe.

Anchuelo se enternece:

–Mi reina.

La pradera confirma el refrán:

–Reyes casados / mal maridados.

La lavandera confiesa a su pareja:

–Contigo veo el mar.

El bufón la reconviene:

–Yo prefiero el río.

La pradera acalla la discrepancia:

–Que se besen.

Un fogonazo de casta arrebata a la reina:

–¡Se sublevan los criados!

De lo que deduce:

–Se acabaron los follados.

Y señala a las víctimas:

–Rey y reina castigados.

Acepta la pradera el nuevo orden:

–La servidumbre en la cumbre.

Una minoría se rebela:

–¡Los criados malcriados!

Apostilla el ocurrente:

–El que no folla, se abolla.

Precisa el Filósofo Rancio:

–Para follar, falta maña.

Y sentencia:

–¡La entraña de España!

Desciende lentamente el telón mientras la clac contagia el aplauso a coro y orquesta:

–Coronados o cornudos / los reyes son cojonudos.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16